

Además...

SUPLEMENTO DOMINICAL DE "LA REPUBLICA" CON ESTE CONTENIDO:

- * Los maestros de la Literatura policial: EL PACTO NAVAL (Novela completa), por Arturo Conan Doyle.
- * AMADA (Poema), por Alfonso Ulloa Zamora.
- * LA UNIDAD VECINAL MODELO: SOLUCION RACIONAL DEL PROBLEMA DE LA VIVIENDA, por Eduardo Jenkins Dobles.
- * ANECDOTARIO NACIONAL, por Carlos Fernández Mora.
- * LA VERDAD EN OTRA LENGUA, por Peter Du Berg
- * LO MEDIEVAL DEL DERECHO DE ASILO, por Germán Arciniegas.
- * Los libros y los días: AMERICO CASTRO Y LA MEDALLA ESPAÑOLA, por Ramón Sender.
- * CARTAS DE LUZ DEL ALBA.

San José, Costa Rica, 11 de julio de 1954.

Nº 105.

EL PACTO NAVAL

CAPITULO I

Por Sir Arthur Conan Doyle

L mes de Julio siguiente a la fecha de mi matrimonio resultó memorable debido a varios sucesos interesantes, en los que tuve el privilegio de acompañar a Sherlock Holmes así como la ocasión de estudiar sus métodos. Uno de esos acontecimientos prometió en la ocasión tener una importancia nacional, adquiriendo relieve a causa de varios incidentes que le imprimieron características singulares.

En mis días escolares estuve asociado estrechamente con un joven llamado Percy Phelps, cuya edad era más o menos la mía, aun que cursaba estudios dos grados después de mí. Era un muchacho inteligente y se llevaba todos los premios que ofrecía la escuela, coronando sus hazañas al ganar, una beca que lo envió en triunfante carrera a Cambridge.

Recuerdo que estaba muy bien relacionado y aún de muchachos sabíamos que el hermano de su madre era Lord Holdhurst, el gran político conservador. Este brillante parentesco no le hizo mucho bien en la escuela. Por el contrario, nos parecía una cosa muy divertida acosarlo durante el recreo y golpearlo con las puertas. Pero la cosa cambió mucho cuando hizo su entrada al mundo. Tuve noticias de que sus habilidades y las influencias que tenía le habían granjeado un buen empleo en el Ministerio de Negocios extranjeros y luego se borró completamente de mi mente hasta que la siguiente carta me recordó su existencia:

Briarbrae, Woking

MI QUERIDO WATSON:

No dudo que se acuerde del 'Renacuajo' Phelps que estaba en el quinto grado cuando usted cursaba el tercero. Es también probable que usted haya sabido que obtuve un buen empleo en el Ministerio de Negocios Extranjeros y que mi situación fué de honor y confianza hasta que un horrible incidente ha venido a destrozar mi carrera. No es necesario señalar los detalles de ese terrible acontecimiento.

Acabo de convalecer de una fiebre cerebral de nueve semanas, y estoy extremadamente débil. ¿Cree usted que podría hacer que el Sr. Holmes, su amigo, viniera a verme? Me gustaría tener su

(Publicado por arreglos con los herederos de Sir Arthur Conan Doyle. Derechos mundiales reservados. Ilustraciones registradas conforme a la ley, por King Features Syndicate, Inc. Prohibida la reproducción parcial o total).—

opinión sobre este caso aunque las autoridades me aseguran que no puede hacerse nada..... Estoy tan agotado que tengo que escribir, como usted puede verlo, dictando. Traté de convencerlo a que venga.

Su antiguo discípulo.

PERCY PHELPS

Había algo en su carta que me conmovió; algo digno de lástima. Una hora después de haber almorzado me encontré nuevamente en las viejas habitaciones de la Calle Baker.

Holmes se hallaba sentado frente a su mesita de trabajo envuelto en su bata y trabajando arduamente en una investigación

sol.

—Llega usted en un momento crítico, Watson,— me dijo. — Si este papel conserva su color azul, todo irá bien. Si se pone rojo, significa la vida de un hombre. Lo introdujo en una probeta de ensayos y al momento tomó un color carmesí opaco.

—H'Umm ¡Como lo pensaba! — exclamó. —Un asesinato pequeño y vulgar. Me imagino que usted me trae algo mejor. ¿Qué es ello?—

Le entregué la carta y la leyó con la atención más profunda.

—No nos dice mucho,— observó, al devolvérmela. —Sin embargo, su contenido es importante. La escribió una mujer.—

—¡Por supuesto que no! ¡Fué



D-1

química. Una redoma grande y curva hervía ruidosamente sobre la azulada llama de un quemador Bunsen y el producto de la destilación se condensaba en una sija de dos litros. Con su mano derecha sostenía un papel torna-

un hombre! — objeté yo.

—No, es de mujer, y de una mujer de carácter muy raro. Ya me siento interesado en el caso. Si está listo, podemos partir enseguida.

Tomamos uno de los primeros tre

nes a Waterloo y en menos de una hora nos hallábamos entre los abetos y brezos de Woking. Briarbrae resultó ser un caserón rodeado de extensos terrenos, a unos cuantos minutos de la estación. Al hacernos anunciar por medio de nuestras tarjetas fuimos introducidos a una elegante sala en donde se nos unió a los pocos minutos un hombre algo robusto que nos recibió con muchas muestras de hospitalidad. Parecía estar más cerca de los cuarenta años que de los treinta, pero sus mejillas tenían tan buen color y sus ojos brillaban con tanta alegría que daba la impresión de un muchacho regordete y travieso.

—Tengo tanto gusto de que hayan venido— dijo, estrechándonos la mano con efusión. —Percy ha estado preguntando por ustedes toda la mañana.— ¡Ah, el pobre amigo se acoge a cualquier esperanza—!

—Me doy cuenta de que no es usted miembro de la familia,— observó Holmes.

—Por supuesto que vió usted el monograma J. H. en mi relicario,— dijo. —Por un momento pensé que había usted hecho algo sorprendente. Me llamó José Harrison y como Percy se va a casar con mi hermana, cuando menos seré su pariente por matrimonio. Podrá usted hallar a mi hermana en su cuarto; durante dos meses le ha servido de enfermera a toda hora. Pero creo que sería mejor que fuéramos a verlo pues sé lo impacientemente que es.—

La alcoba a que se nos introdujo estaba en el mismo piso que la sala. Tenía muebles tanto de alcoba como de sala, con flores arregladas con mucha delicadeza por todos los rincones. Un joven, pálido y agotado, yacía sentado en un sofá, junto a la ventana abierta, por la que entraban el perfume y el embalsamado aire veraniego del jardín.

—¿Los dejó solos, Percy?— preguntó ella.

La tomó de la mano para detenerla.

—¿Cómo está Watson?— preguntó cordialmente. —Nunca lo hubiera conocido detrás de su bigote y me atrevo a decir que lo mismo le acontece a usted conmigo. Creo que este es su célebre amigo Sherlock Holmes, ¿verdad?

Se lo presenté con unas cuantas palabras y nos sentamos. El gordito nos había dejado ya pero su hermana permanecía en la habitación con la mano en la del inválido. Era una mujer sorprendentemente hermosa con un cutis co-

lor de aceituna, grandes y oscuros ojos italianos, y toda una riqueza en abundante cabellera negra. Los profundos matices de su complexión hacían resaltar más, por el contraste, el agotamiento y aspecto macilante de su compañero.

—No les haré perder tiempo”, dijo él, levantándose del sofá. “Entraré en materia sin más preámbulos. Yo era un hombre feliz, Sr. Holmes y estaba en visperas de casarme cuando una espantosa desgracia vino a destruir todas las esperanzas de mi vida.

—Ya Watson le ha de haber contado que yo estaba con el Ministerio de Negocios Extranjeros, y a través de la influencia de mi tío, Lord Holdhurst, me elevé rápidamente hasta un puesto de responsabilidad. Cuando él se convirtió en Ministro del Extranjero me concedió varias misiones de confianza.

—Hace casi diez semanas, el 23 de mayo, me llamó a su despacho privado y, después de alabar la buena labor que yo había efectuado me informó que tenía una nueva misión que darme.

—Esto, dijo, tomando un rollo de papel gris, “es el original de un pacto secreto entre Inglaterra e Italia del cual, cosa que lamenta, parece ya haberse enterado algo la prensa. Es de una importancia enorme que no se sepa ninguna otra cosa. La embajada francesa o la rusa pagarán una suma inmensa por conocer el contenido de estos papeles. No deben separarse de mi escritorio a menos que sea absolutamente necesario que se saque una copia de su contenido. Pueden llevárelos y guardarlos con toda especie de seguridades. Daré instrucciones a fin de que permanezcan aquí después de que todos los demás se hayan ido, para que saques la copia con toda tranquilidad y no exista el temor de que alguien te vigile. Cuando hayas terminado, vuelve a guardar cuidadosamente el original y la copia en tu escritorio, y dámelos personalmente mañana por la mañana.

“Cogí los papeles. . .”

—Un momento por favor, —dijo Holmes. —¿Estaban solos durante esa conversación?

—Absolutamente.

—¿En un cuarto grande?

—Como de unos diez metros por lado.

—¿Hablaban en voz baja?


—La voz de mi tío siempre es notablemente baja. Yo apenas hablo.

—Gracias— dijo Holmes, cerrando los ojos. —Siga, por favor.

“Seguí al pie de la letra sus instrucciones y esperé hasta que los otros empleados hubieron partido. Uno de ellos, Carlos Corot, tenía algún trabajo pendiente y lo dejó allí mientras salí a cenar. Cuando regresé ya se había ido. Yo estaba ansioso por terminar, pues José, el Sr. Harrison que usted acaba de conocer, estaba en la ciudad y deseaba regresar a Woking en el tren de las once, cosa que también yo quería hacer.

“Al empezar a examinar el pacto vi al momento que era de tal importancia que no podía culpar a mi tío de exageración. Sin entrar en detalles, definió la posición de la Gran Bretaña hacia la Triple Alianza y predecía la política que seguiría este país en el caso de que la flota francesa obtuviera preponderancia sobre la italiana en aguas del Mediterráneo. Todo lo que allí se mencionaba era puramente naval. Al pie estaban las firmas de todos los altos dignatarios que lo habían suscrito.

“Era un documento muy extenso, escrito en francés y conteniendo veintiséis artículos. Lo copié



AMADA

Te cierne la belleza
como la norma flor cierne a la rosa
Eres tu de mañanas y de tardes,
tan de mirada sobre el mar y noches.

Diferente es tu luz.
Logras, erguida, desplazar de mi alma
las canciones.

A la hermosura creada sustituyes
esplendorosa y ágil.

Yo vivo de tu aire y sin tu cielo,
con todo el peso de tu cuerpo ausente
doliéndome en los brazos de ternura,
esa tuya anhelada, fresca
y suave.

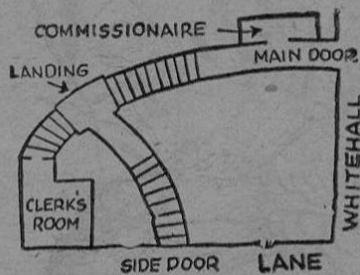
¡Oh tú, la ya no mía, tan lejana!
Se ha olvidado mi olvido
de olvidarte.

ALFONSO ULLOA ZAMORA.

tan aprisa como pude pero hacia las nueve sólo había terminado nueve de ellos. Me sentí amodorrado y atontado; pensé que con una taza de café se me despejaría la mente. Un conserje permanece toda la noche en un cuarto que se halla al pie de la escalera y tiene la costumbre de hacer café para los oficiales que trabajan después de sus horas habituales. Hice sonar la campanilla para atraerlo.

“Para mi sorpresa fué una mujer la que contestó la llamada. Era una mujer de aspecto grosero, corpulenta y algo vieja, trajeada con un delantal. Me explicó que era la esposa del conserje y le ordené que me trajera café.

“Copié dos artículos más y luego, sintiéndome más aletargado que nunca, me levanté y empecé a caminar por el cuarto. Todavía no me traían el café y yo me preguntaba cuál era la causa de la tardanza. Abriendo la puerta eché a andar por el corredor para averiguarlo. Era un pasillo recto, apenas alumbrado, por el cual se salía del cuarto donde yo estaba trabajando. Terminaba en una escalera curva, bajo la cual se encontraba el aposento del conserje. Como a la mitad de esta escalera hay un descansillo con otro corredor que sale de él en ángulo recto. Este otro corredor conduce a una escalerita de una puerta lateral, usada por la servidumbre y también como atajo por los empleados que llegan por la calle Charles. He aquí un dibujo aproximado del lugar:



—Muchas gracias. Creo que le estoy entendiendo,— dijo Holmes.

“Es de la mayor importancia que usted se dé cuenta de este detalle. Bajé las escaleras y llegué al salón donde encontré al conserje profundamente dormido en su asiento frente a la cafetera hirviendo furiosamente en una lámpara de alcohol. Quité la cafetera de la lámpara y apagué ésta pues el agua estaba saltando al suelo. Estiré la mano y estaba a punto de sacudirlo por un hombro cuando una campanilla empezó a sonar fuertemente sobre su

cabeza y despertó dando un salto.

—¡Sr. Phelps!, — dijo, mirándome con extrañeza.

“Bajé a ver si ya estaba listo mi café.”

—Estaba haciendo hervir la cafetera cuando me quedé dormido, señor.— Me miró y miró luego la campanilla que aún se estaba estremeciendo y un gesto de creciente estupor se dibujó en su cara.

—Si usted estaba aquí, señor, ¿quién sonó la campanilla?

—¡La campanilla!— exclamé. —¿Qué campanilla es ésa?

—Es la del cuarto donde usted estaba trabajando.

“Una garra helada pareció estrujarme el corazón. Alguien, entonces, estaba en el cuarto donde se encontraba mi valioso pacto sobre la mesa. Corrí frenéticamente escaleras arriba y luego me lancé por el pasillo. No se veía a nadie en los corredores ni tampoco encontré a nadie en mi cuarto de trabajo. Todo estaba exactamente como lo había dejado con la única excepción de que algunos papeles habían desaparecido del escritorio. ¡La copia estaba allí pero el original no!

Holmes se incorporó en su silla y se frotó las manos.

—¿Por favor, dígame, qué hizo enseguida?— murmuró.

“Inmediatamente pensé que el ladrón tenía que haber subido las escaleras entrando por la puerta lateral. Indudablemente que me hubiera encontrado con él si hubiera entrado por el otro lado.

—¿Estaba usted seguro de que no pudo haber estado escondido todo el tiempo en el cuarto o en el corredor que usted dijo estar apenas alumbrado?

—Es absolutamente imposible. No hay lugar donde esconderse.

—Gracias. Le ruego que prosiga.

“El conserje me acompañó al subir. Luego los dos nos precipitamos por el corredor y luego por la empinada escalera que conduce a la calle Charles. La puerta del fondo estaba cerrada pero sin asegurar. La abrimos violentamente y nos lanzamos afuera. Recuerdo perfectamente que al hacer esto escuché tres campanadas de un reloj cercano. Faltaba un cuarto para las diez.

—Eso es de enorme importancia,— dijo Holmes, anotando algo en el puño de la camisa.

“La noche estaba muy oscura y lloviznaba ligeramente. No se veía ni un alma en la calle Charles, pero, como de costumbre, el tráfico era intenso en Whitehall.

Corrimos por la acera y hallamos un policía en la distante esquina.

“¡Se acaba de cometer un robo!” dije con voz entrecortada. “Acaban de robar un documento del Ministerio Extranjero. ¿No ha visto pasar a nadie por aquí?”

“He estado de pie aquí como por quince minutos, señor,” dijo. “Sólo una persona ha pasado durante ese tiempo... una anciana alta, con una mantilla de Paisley”.

“Ah, ésa es solamente mi mujer”, observó el conserje. “Entonces el ladrón debe haberse ido por el otro lado”, añadió, tirándose de la manga. Empero yo no estaba satisfecho y los esfuerzos que hacía para alejarme me llenaban de sospechas.

“¿Por dónde se fué la mujer?— pregunté.

“No sé, señor. Noté que pasaba; me pareció que estaba de prisa.

“Está usted perdiendo su tiempo únicamente, señor, y cada minuto es de suma importancia,” dijo el conserje. “Le doy mi palabra, mi vieja no tiene nada que ver con esto, así que véngase y veamos el otro lado de la calle”. Diciendo esto partió corriendo hacia el otro extremo de la calle.

“En un momento le di alcance y lo cogí del brazo. “¿Dónde vive?”

“En el número 16 de Ivy Lans, en Brixton”, contestó. “Pero no se deje engañar por una pista falsa, señor Phelps. Crucemos la calle y veamos si podemos averiguar alguna cosa.”

“En compañía del policía corrimos hacia aquel lado sólo para darnos cuenta de que la calle transversal estaba llena de gente. No era posible que encontráramos a alguien que nos diera la información que queríamos.

“Por lo tanto regresamos a la oficina e iniciamos una búsqueda por la escalera y el pasillo sin ningún resultado. El corredor que conducía al cuarto tenía un linóleo que por su color claro muestre fácilmente cualquier clase de impresión. Lo examinamos con todo cuidado pero no pudimos hallar marca de pisadas de ninguna especie.

“¿Había estado lloviendo toda la noche?

—Como desde las siete.

—¿Cómo se explica entonces que la mujer que penetró al cuarto como a las nueve no haya dejado marcas de sus botines enlodados?

“Me alegro que haya traído a colación ese detalle. También a mí se me ocurrió entonces. Las mujeres que se encargan de la limpieza tienen la costumbre de quitarse los zapatos antes de entrar y ponerse unas zapatillas para hacer el trabajo.”

—Bastante claro es eso. Entonces no había marcas de pisadas a pesar de que la noche estaba bastante húmeda. ¿Qué hizo usted entonces?

—También examinamos el cuarto. No hay posibilidades de puertas secretas y las dos ventanas están como a diez metros del suelo. Además ambas estaban aseguradas por dentro. La alfombra no da lugar a escotillones en el piso y el techo es de los de tipo común. Juraría por mi vida que el que se llevó los papeles tuvo que entrar por la puerta.

—¿Qué me dice de la chimenea?

—No la usan. Hay un calentador. El cordón de la campanilla cuelga de un alambre exactamente a la derecha de mi escritorio. El que la sonó tuvo que acercarse hasta el escritorio para hacerlo. Pero por qué se le iba a ocu

rrir a ningún criminal tocar la campanilla?

—Sin duda alguna que ese incidente es bastante raro. ¿Qué fué lo que hizo usted en seguida? ¿Examinó usted el cuarto para ver si el intruso había dejado algunas huellas?

—No había ninguna.

—¿Ningún olor?

—Bueno, nunca pensamos en eso.

—Ah, un olor a tabaco hubiera sido muy importante para nosotros.

—Yo no fumo, así que creo que lo hubiera notado si hubiese habido un olor a tabaco. No había ninguna pista en lo absoluto. El único hecho tangible era el de que la esposa del conserje, se llama la Sra. Tangey, había salido del lugar a toda prisa. El me dijo que era más o menos la hora en que ella acostumbraba irse a casa. Tanto el policía como yo estuvimos de acuerdo en que debíamos echarle el guante a la mujer antes de que pudiera deshacerse de los papeles, suponiendo que ella los tuviera.

—Para esa hora la alarma había llegado ya a Scotland Yard y el Sr. Forbes un detective, acudió para hacerse cargo del caso con la mayor energía. Alquilamos un carruaje y en media hora llegamos al domicilio de los Tangey. Nos abrió la puerta una joven que resultó ser la hija mayor de la Sra. Tangey. Todavía no llegaba su madre así que nos introdujo al cuarto de enfrente para que esperáramos.

—Como diez minutos más tarde oímos llamar a la puerta y fué entonces cuando cometimos un serio error del cual yo tengo la culpa. En vez de abrir la puerta nosotros mismos dejamos que lo hiciera la muchacha. Le oímos decir:

—Mamá, hay dos hombres en la casa esperándote.— Un momento más tarde llegó a nuestros oídos el rumor de fuertes pisadas rumbo al pasillo. Forbes abrió la puerta con rapidez y nos precipitamos al cuarto posterior o a la cocina, pero la mujer había llegado allí antes. Nos miró con desafío y luego, reconociéndome apareció en su cara una expresión de profundo asombro.

—¡Cómo! Pero si es el Sr. Phelps, de la oficina!— exclamó.

—Vamos, vamos, ¿y quién pensaba usted que era cuando huyó de nosotros?— preguntó el detective.

—Creí que eran los agentes,— dijo,— hemos tenido dificultades con un comerciante.

—No me parece una razón muy buena— contestó Forbes.— Tenemos motivos para creer que usted se ha apoderado de unos papeles muy importantes de la oficina de Negocios Extranjeros y que huyó hacia acá con el ánimo de deshacerse de ellos. Debe acompañarnos a Scotland Yard.

—A pesar de sus protestas llamamos un vehículo adecuado y nos regresamos en él. Antes habíamos examinado la cocina, especialmente el hogar para ver si había destruido los papeles durante el tiempo que estuvo sola. No había señales de ceniza ni cosa parecida, sin embargo. Cuando llegamos a Scotland Yard fué puesta inmediatamente en las manos de una registradora femenina. Esperé lleno de agonía y ansiedad hasta que regresó con su informe. No había señales de los papeles.

—Entonces, por primera vez, el horror de mi situación se me presentó con toda su fuerza. Hasta ese momento yo había estado actuando y la acción había enmudecido mis pensamientos. Pero ahora gozaba de tiempo para darme cuenta de mi situación. ¡Era



horrible! Watson, aquí presente, puede decirle que en la escuela yo era un muchacho sentimental y nervioso. Pensé en mi tío y en sus colegas del Gabinete, en la vergüenza que había traído sobre él y sobre todos los que me conocían. ¿Qué importaba que fuera yo la víctima de un suceso extraordinario? No se permiten accidentes cuando están de por medio fuertes intereses diplomáticos.

—No sé lo que hice. Recuerdo borrosamente a un grupo de oficiales que me rodeaban tratando de consolarme. Uno de ellos me llevó a Waterloo y me puso en el tren de Woking. Creo que me hubiese acompañado en todo el viaje si no hubiera sido porque me encontré en el mismo tren al Dr. Ferrier que vive cerca de mí. El doctor se hizo cargo de mí y estuvo bien que lo hiciera pues tuve un ataque en la estación que me hizo llegar a casa casi enloquecido.

—Puede usted imaginarse cómo se pondrían las cosas cuando el doctor los despertó a todos al llamar a la campanilla. La pobre de Annie y mi madre pasaron por dura prueba. El Dr. Ferrier había oído lo suficiente en la estación para darles una idea de lo que había pasado. Era evidente que mi padecimiento iba a ser largo, así que echaron a Harrison de este florido cuarto y lo convirtieron en mi lecho de dolor.

—Aquí he estado durante nueve semanas con fiebre cerebral. Si no hubiera sido por la Srita. Harrison aquí presente y los cuidados del doctor, no les estaría hablando ahora. Ella me ha cuidado de día y alquilado una enfermera para que lo haga de noche. Poco a poco se ha ido aclarando mi razón, pero sólo hace unos tres días que he recordado la memoria. ¡A veces deseo nunca haberlo hecho!

—La primera cosa que hice fué telegrafiar al Sr. Forbes, en cuyas manos está el caso. Vino posteriormente y me asegura que, aunque se ha hecho todo lo posible, no han podido hallar ni una sola pista. Se ha examinado al conserje y a su esposa de mil modos y no se ha podido sacar nada en limpio.

—También se sospechó del joven Gorot, el cual, como usted recordará, permaneció hasta tarde en la oficina aquella noche. El hecho de haberse quedado y su apellido francos fueron en realidad las únicas cosas que podían despertar sospechas, pero yo no empecé a

trabajar hasta que él se había ido. Sus parientes son de origen hugonote, pero tan ingleses en su modo de ser como usted y yo. No se halló absolutamente nada que lo complicara y allí terminó el caso. He acudido a usted, Sr. Holmes, absolutamente como mi última esperanza.

CAPITULO II

Cansado por el extenso relato, Phelps se dejó caer sobre los cojines a tiempo que su enfermera le servía un vaso de alguna medicina estimulante. Holmes permanecía silencioso con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

—Su declaración ha sido tan completa que realmente me ha dejado muy pocas cosas que preguntar,— dijo al fin.— Sin embargo, hay una de la mayor importancia. ¿Le contó usted a alguien que tenía que hacer esa tarea especial?

—A nadie.

—¿Ni a la señorita Morrison aquí presente, por ejemplo?

—No, todavía no regresaba yo a Woking para entonces.

—¿No había estado a visitar lo ninguno de sus parientes?

—Ninguno.

—¿Estaba alguno de ellos familiarizado con su oficina?

—¡Cómo no! A todos ellos se la habíamos enseñado.

—Claro que si usted no comunicó a nadie alguna cosa sobre el pacto, todas estas preguntas carecen de importancia.

—Nunca conté a nadie cosa alguna.

—¿Sabe usted algo acerca del conserje?

—Nada, excepto que es un antiguo soldado, de las Guardias Goldstream.

—Muchas gracias. No dudo que Forbes me dará más detalles. La policía es excelente para acumular hechos aunque no siempre los usa con ventaja. ¿Qué cosa tan hermosa es una rosa!

Cruzó el cuarto, pasando frente al canapé, para llegar a la ventana abierta tomó por el tallo una rosa musgosa y se quedó mirando la delicada mezcla de colores carmesí y verde. Aquello era una fase nueva de su carácter para mí, pues nunca lo había visto mostrar un interés especial por las cosas de la naturaleza.

—No existe nada en que la deducción sea más importante que en la religión,— dijo, reclinándose sobre las persianas.— El razonador puede formularla como si fuese una ciencia exacta. Nuestra

seguridad más grande de la bondad de la Providencia parece fijarse en las flores. Todas las otras cosas, nuestros poderes, deseos, alimentos, son realmente necesarios para nuestra existencia en lo fundamental. Pero la rosa es algo adicional. Su olor y su color son cosas que embellecen la vida y no están acondicionadas a ella. Solamente la bondad nos da cosas adicionales y vuelvo a decir que tenemos mucho que esperar de las flores.

Phelps y la enfermera se quedaron mirando con sorpresa a Holmes durante su disertación y con una buena dosis de desilusión reflejada en sus rostros. Parecía haber caído en un ensueño con la rosa entre los dedos. Pasaron algunos minutos antes de que la joven lo interrumpiera.

—¿Ve usted alguna forma de resolver este misterio, Sr. Holmes?— preguntó.

—¡Oh! ¡El misterio!— contestó, volviendo a la realidad de la vida con un movimiento de sobresalto.

—Bueno, sería absurdo negar que el caso es bastante complicado, pero puedo asegurarles que examinaré el asunto y les comunicaré cualquier pensamiento que se me ocurra.

—¿Encuentra usted alguna pista?

—Ustedes me han dado siete, pero debo someterlas a prueba antes de que pueda verificar su valor.

—¿Sospecha de alguien?

—Sospecho de mí mismo.

—¿Qué!

—Por llegar a conclusiones tan rápidamente.

—Entonces vaya a Londres y ponga a prueba sus conclusiones.

—Su consejo es excelente, señorita Harrison,— dijo Holmes poniéndose de pie.— Creo, Watson, que no podemos hacer otra cosa mejor. No se permita abrigar falsas esperanzas, Sr. Phelps. El asunto está muy complicado.

—Estaré con fiebre hasta que lo vuelva a ver,— dijo el diplomático.

—Bien, vendré en el mismo tren de mañana, aunque es más probable que mi informe será negativo.

—¡Dios lo bendiga por prometerme que volverá!— exclamó nuestro cliente.

—A propósito, recibí una carta de Lord Holdhurst.

—¿Qué le dice?

—Se muestra frío, pero no duro. Me atrevo a decir que mi terrible enfermedad lo ha hecho proceder así. Me repitió que el asunto es de la mayor importancia y añadió que no se tomarán medidas acerca de mi futuro, con lo que quiere decir, por supuesto, mi despido, hasta que haya sanado por completo y tenga la oportunidad de reparar mi desgracia.

—Bueno, eso parece razonable y considerado,— dijo Holmes.— Vamos, Watson, pues tenemos un buen día de trabajo delante de nosotros.

—José Harrison nos llevó a la estación y pronto nos deslizábamos en un tren de Portsmouth. Sherlock estaba sumido en profundos pensamientos y apenas si abrió la boca cuando pasamos por Clapham Junction.

—Es algo muy agradable llegar a Londres en una de estas altas líneas que le permiten a uno ver las casas así.

Pensé que estaba bromeando, pues el panorama era bastante sordido, pero luego se explicó:

—Mire esos racimos de grandes edificios aislados que se elevan sobre las rocas, como islas de ladrillo en un mar color de plomo.

—Los internados.
 —Faros, amigo mío! ¡Faros del futuro! Cápsulas con cientos de brillantes semillitas de cada una de las cuales surgirá en el futuro una Inglaterra mejor y más sabia. Cree usted que ese hombre Phelps no bebe, ¿verdad?
 —Yo no diría eso.

—Ni yo, pero tenemos que tener en cuenta toda clase de posibilidades. El pobre diablo se ha metido realmente en un atolladero. ¿Qué opinión tuvo usted de la señorita Harrison?

—Una muchacha de carácter muy fuerte.

—Sí, pero me parece de buena calidad, a menos que esté equivocado. Ella y su hermano son los hijos únicos de un hombre de hierro de allá por Northumberland. Phelps se comprometió con ella en uno de sus viajes durante el invierno pasado y la trajó para presentarla a su gente con el hermano como acompañante. Luego sobrevino el golpe y ella permaneció para cuidar a su amado, mientras que José, dándose cuenta de que estaba muy cómodo, se quedó también. Como puede ver he estado haciendo algunas investigaciones independientes. Hoy también debe ser un día de preguntas. Investigaremos este caso juntos. Creo que deberíamos empezar con Forbes.

—¿No dijo usted que tenía una pista?

—Pues, tenemos varias, pero sólo podemos conocer su valor con indagaciones posteriores. El crimen más difícil de averiguar es aquel que carece de propósito. Y éste se encuentra en esas condiciones. ¿Quién es él que gana con él? Por un lado tenemos al embajador francés y al ruso y a quien quiera que les venda los papeles. Luego tenemos a Lord Holdhurst.

—Lord Holdhurst!!

—Bien, es concebible que un estadista llegue a verse en circunstancias en las que no le pese ver destruidos, accidentalmente, documentación de tal especie.

—¿Pero no uno con antecedentes tan honrosos!

—Es una posibilidad que no podemos permitirnos pasar por alto. Hoy mismo veremos al noble Lord y averiguaremos si puede comunicarnos alguna cosa. Mientras tanto ya he echado a caminar mis indagaciones. Envié telegramas desde Woking a todos los periódicos de la tarde. En cada uno de ellos aparecerá este anuncio:

Me entregó una hoja arrancada de una libreta. Escrito a lápiz se leía lo que sigue:

“Diez libras esterlinas de recompensa a quien nos diga el número del coche que dejó un pasajero cerca del Ministerio de Negocios Extranjeros por la calle Charles al cuarto para las diez de la noche del 23 de mayo. Acuda a la calle Baker Nº 221, bis”.

—¿Cree usted que el ladrón llegó en un coche?

—Nada se pierde con creerlo. Pero si el Sr. Phelps está en lo justo esa persona vino de fuera. Si llegó así en una noche tan húmeda y no dejó huellas en el linóleo, es sumamente probable que viniera en coche. Si creo que podemos deducir eso con un buen margen de seguridad.

—Suenan plausible.

que habló. Y después, desde luego, tenemos la campanilla que es uno de los rasgos distintivos del caso. ¿Quién hubiera querido tocarla? ¿Fue el ladrón que lo hizo con fanfarronería? ¿O fue alguien que acompañaba al ladrón y lo hizo con intención de impedir el robo? ¿O fue un accidente? ¿O fue...?— Calló, parecien do sumirse en profundos pensa-

mientos; a mí me dió la impresión, por el conocimiento que tenía de él, y acostumbrado como estaba a todas sus disposiciones de ánimo, que se le acababa de ocurrir una nueva posibilidad.

Eran las tres y veinte cuando llegamos a nuestro destino. Después de un rápido almuerzo comercial nos apresuramos rumbo a Scotland Yard. Holmes ya había avisado a Forbes y lo encontramos esperándonos. Era un hombrecillo de aspecto de zorro y de talento muy poco amable. Decididamente nos recibió con frialdad, especialmente cuando supo la misión que llevábamos.

—Desde antes he tenido noticias de sus métodos, Holmes,— dijo con acritud.—Usted siempre está listo para usar toda la información que consigue la policía y luego trata de cerrar el caso solo y desacreditarlos a ellos.

—Por el contrario,— dijo Holmes,—solamente en cuatro ha aparecido mi nombre de mis últimos cincuenta y tres casos y la policía ha recibido todo el crédito en los otros cuarenta y nueve. No lo culpo por no saber esto, pues es usted tan joven y sin experiencia; pero si quiere tener éxito en su nueva tarea, debe trabajar conmigo y no contra mí.

—Me gustaría mucho que me ayudara aquí y allá— dijo el detective modificando su actitud.— En verdad que no ha progresado mucho en el caso todavía.

—¿Que medidas ha tomado?

—Hemos seguido constantemente a Tangey, el conserje. Le dieron de baja en las Guardias con buenos antecedentes y no podemos hallar nada contra él. Sin embargo, su esposa es toda una fulana.

—¿La han vigilado?

—Hemos dedicado una de nuestras mujeres para eso. La Sra. Tangey bebe y nuestra mujer la acompañó dos veces estando algo entrada, pero no le pudo sacar nada.

—Entiendo que han solicitado préstamos sobre la casa?

—Sí, pero los han pagado.

—¿De dónde salió el dinero?

—Fue legal. Le pagaron la pensión a él.

—¿Qué explicación dió por haber contestado la campanilla cuando el Sr. Phelps pidió el café?

—Dijo que su esposo estaba muy cansado y que quería relevarlo.

—Pues sí, eso concuerda con el hecho de que se le haya encontrado dormido en la silla. No hay nada en contra de ellos, entonces, a no ser las costumbres de la mujer. ¿No le pregunto por qué había salido de estampida aquella noche?

—Se le hacía tarde y quería regresar a casa.

—¿No le hizo ver que usted y el Sr. Phelps, que salieron como veinte minutos más tarde que ella, llegaron a casa antes?

—Ella lo explicó haciendo notar la diferencia entre un ómnibus y un coche.

—¿No le aclaró, por qué, al llegar a su casa, corrió a la cocina?

—Porque allí tenía el dinero para pagar a los prestamistas.

—¿Cuándo menos tiene una res puesta para todo! ¿Le preguntó si al partir había visto a alguien o encontrado a alguna persona vagabundeando por la calle Charles.

—Al único que vió fue al alguacil.

—H'Ummm. Parece que la examinó usted una y otra vez completamente, ¿qué otra cosa ha hecho usted?

—Se ha vigilado al empleado Gorot durante estas nueve semanas, pero sin ningún resulta-

do. No tenemos nada contra él.

—¿Alguna otra cosa?

—Pues, no tengo nada con qué seguir... ninguna clase de evidencia.

—¿No se ha formado algún concepto de cómo sonó la campanilla?

—Bueno, he de confesar que eso me confunde. Debe haber sido una mano con mucho aplomo la que dió esa alarma.

—Fue una cosa rara, esa en verdad. Le doy las gracias por todo lo que me ha comunicado. Si puedo entregarle al hombre, ya tendrá noticias mías. Vámanos Watson.

—¿Y ahora, a dónde vamos?— pregunté mientras abandonábamos la oficina.

—A entrevistar a Lord Holdhurst, el futuro primer ministro de Inglaterra.

Tuvimos suerte al saber que Su Señoría estaba aún en sus habitaciones de la calle Downing, y tan pronto se anunció Holmes, fuimos llevados a su presencia. El estadista nos recibió con su anticuada cortesía que se le ha hecho famoso y nos invitó a tomar asiento en dos lujosos sillones colocados frente a la chimenea.

De pie sobre el tapete entre dos, con su esbelta y alta figura, sus angulosas facciones, cara pensativa y rizado cabello ligeramente gris, parecía representar ese tipo tan poco ordinario; el de un noble que es verdaderamente noble.

—Su nombre me es muy conocido, Sr. Holmes— dijo sonriendo.

—Y, por supuesto no pudo decir que ignora el objeto de su visita. Solamente ha steedido una cosa en estas oficinas que puede haber despertado su atención.

¿Puedo preguntar a favor de quién está usted actuando?

—A favor del Sr. Percy Phelps,

— contestó Holmes.

Ah, mi desdichado sobrino! Puede usted darse cuenta de que nuestro parentesco me impide por completo escudarme en modo alguno. Es una amenaza para su carrera.

—¿Pero si se encuentra el documento?

—Oh, eso, por supuesto, sería diferente.

—Tengo una o dos preguntas. ¿Fue en este cuarto en donde le comunicó sus instrucciones tocante al documento?

—Aquí fué.

—Difícilmente, entonces, pudo oírles alguien.

—Eso es indiscutible.

—¿Le comunicó usted a alguien alguna vez que tenía intenciones de darle a otra persona el documento para que se le sacara una copia?

—Nunca.

—Bien, entonces la presencia del ladrón aquí fué puramente accidental. Vió la oportunidad y lo tomó.

El estadista sonrió.

—Me lleva usted a un terreno extraño con eso, dijo.

Holmes meditó un momento.

—Existe otro punto muy importante que quiero discutir con usted,— dijo.—Usted temía, según entiendo, que el conocerse los detalles de ese convenio traería muy graves consecuencias.

Una sombra oscuró la expresiva cara del hombre de estado.

—Muy graves, sin lugar a dudas.

—¿Se han presentado?

—Todavía no.

—Si el convenio hubiera llegado, digamos, a las oficinas de negocios Extranjeros de Francia o Rusia, ¿hubiera usted esperado tener noticias?

—Sí,— contestó Lord Holdhurst con un gesto.

—Ya que han transcurrido co-

mo diez semanas y nada se ha sabido, no es injusto suponer que por alguna razón el convenio no está todavía en su posesión.

Lord Holdhurst se encogió de hombros.

—Difícilmente podemos suponer que el ladrón sustrajo el documento para colgarlo en un marco.

—Tal vez está esperando una oferta mejor.

—Si espera un poco más no obtendrá nada por él. Ese pacto dejará de ser secreto dentro de unos cuantos meses.

—Eso es importantísimo,— dijo Holmes.—Por supuesto, es una hipótesis posible que el ladrón haya enfermado repentinamente...

—De un ataque de fiebre cerebral, ¿por ejemplo?— preguntó el estadista arrojándole una rápida mirada.

—No he dicho tal cosa— dijo Holmes.—Y ahora, Lord Holdhurst, ya le hemos quitado demasiado de su valioso tiempo y queremos desearle muy buenos días.

—¿Que su investigación tenga el mejor éxito, sea el criminal quien fuere!— contestó el noble al inclinarse frente a nosotros mientras salíamos.

—¿Es un individuo excelente, pero tiene que luchar para conservar su posición,— observó Holmes cuando salíamos de Whitehall. “Está muy lejos de ser rico. Se fijó, por supuesto, que sus zapatos tenían medias suelas. Ya ahora, Watson no le servirá más de estorbo en sus legítimas actividades. No haré ninguna otra cosa hoy, a menos que tenga que contestar mi anuncio sobre el coche. Pero le agradecería muchísimo que me acompañara mañana a Woking en el mismo tren que viajamos ayer.

Me uní a él la mañana siguiente y viajamos juntos a Woking. No había recibido respuesta de su anuncio y el caso seguía como antes... Cuando lo deseaba, podía adoptar la completa inmovilidad de un piel roja y no pude juzgar por su exterior si se hallaba o no satisfecho con la forma como evolucionaba el caso. Recuerdo que su conversación bordó acerca del sistema de medidas de Bartillon expresando una entusiasta admiración por el sabio francés.

Hallamos a nuestro cliente en compañía de su devota enfermera, pero mirándonos considerablemente mejor. Se levantó del sofá y nos saludó sin dificultades cuando entramos.

—¿Algunas noticias?— preguntó ansiosamente.

—Mi informe, como lo esperaba, es de carácter negativo,— dijo Holmes.—He visto a Forbes y a su tío también y he emprendido dos o tres indagaciones que creo me llevarán a alguna cosa.

—¿Entonces no se ha descorazonado?

—De ninguna manera.

—¿Qué Dios lo bendiga por hablar así!— exclamó la señorita Harrison.

—Nosotros tenemos que contarles ahora más de lo que tienen ustedes,— dijo Phelps volviéndose a sentar en el sofá.—Tuvimos una aventura anoche que pudo haber resultado muy seria.— Su semblante adquirió gran seriedad mientras hablaba.—Sabe Ud.— preguntó— ¿Qué empiezo a creer que soy el centro inconsciente de una conspiración monstruosa?

—Ah; murmuró Holmes.—Le ruego que me cuente eso.—

—Debe saber que anoche fué la primera que dormí sin que estuviera la enfermera en mi cuarto. Tenía encendida una pequeña luz. Como a las dos de la mañana me había quedado ligeramente dormido cuando escuché un pequeño ruido. Era como el que produce un ratón cuando está ro-

yendo una tabla, y permanecí escuchándolo por algún rato bajo la impresión de que esa debía ser la causa. Pero aumentó de intensidad y repentinamente oí un ruido metálico procedente de la ventana. Me incorporé sorprendido. Ya no era posible dudar de la naturaleza del ruido. El primero lo había causado alguien introduciendo un instrumento por entre la ranura de las dos hojas de la ventana, y el segundo fué causado al correrse el pasador.

—Hubo una pausa de algunos minutos como si la persona estuviera esperando para ver si el ruido me había despertado. Más tarde escuché un chirrido suave como si la ventana fuese siendo levantada... No pude soportarlo más, salté de la cama y abrí las persianas. Un hombre estaba agazapado junto a la ventana. Fué todo lo que pude ver de él pues desapareció como un rayo. Estaba envuelto en una especie de capa que le cubría hasta los ojos. De una cosa sí estoy seguro y es que tenía una especie de arma en la mano. Me pareció una navaja. Percibí claramente sus destellos cuando se dió vuelta para huir.

—Interesantísimo,— dijo Holmes.— Dígame, por favor, ¿Qué hizo entonces?

—Lo hubiera seguido saltando por la ventana si me hubiera sentido con más fuerzas. Al no poder hacerlo, agité la campanilla suena en la cocina y la servidumbre duerme arriba. Grité, sin embargo, y eso atrajo a José quien se encargó de despertar a los otros. Hallaron marcas sobre el arriete que está fuera de la ventana, pero el tiempo ha estado tan seco en los últimos días que fué imposible seguir las huellas a través del pasto. Hay un lugar, empero, sobre la barda de madera que faldea el camino que muestra señales como si alguien hubiera subido por ella y maltratado la parte alta al hacerlo.

—No he contado nada a la policía local todavía. Sería mejor que me diera su opinión primero.

CAPITULO III

Esta experiencia de nuestro cliente pareció causar una profunda impresión a Sherlock. Se levantó de la silla y empezó a caminar por el cuarto con incontrolable emoción. A poco preguntó a Phelps:

—¿Cree que podría caminar conmigo alrededor de la casa?

—Seguro que sí; me gustaría tomar un poco de sol. José irá también.

—Y yo también,— dijo la señorita Harrison.

—Temo que usted no,— indicó Sherlock, con un movimiento de cabeza.— Creo que le pediré que permanezca sentada exactamente donde ésta.

La joven volvió a sentarse con un gesto de descontento. Su hermano sin embargo, se nos había unido, y echamos a andar juntos. Cruzamos el prado por frente al exterior de la ventana del joven diplomático. Había como él lo había indicado, pisadas sobre el arriete pero estaban borradas y mezcladas sin remedio. Holmes se inclinó un momento sobre ellas; a poco se enderezó encogiéndose de hombros.

—Dudo que alguien pudiera hallar algo en esto,— dijo.— Rodeemos la casa y veamos por qué el ladrón escogió esta habitación en particular. Pienso que esas grandes ventanas de la sala y del comedor deberían haberla atraído más.

—Son visibles desde el camino,— sugirió José Harrison.

—Por supuesto que sí. Aquí está una puerta que pudo haber

—¿Para qué es?

—Es la entrada para los comerciantes. Desde luego que está cerrada con llave por la noche.

—¿Guarda usted joyas en la casa, o algo de valor que atraiga a los ladrones?

—Ninguna cosa valiosa.

Holmes siguió rodeando la casa con las manos en los bolsillos y un aire de indiferencia que era muy raro en él.

—A propósito,— dijo mirando a José,— usted halló un lugar por donde el tipo escaló la barda. Echémosle una ojeada.

El joven recordóte nos llevó a un lugar de la barda que tenía rota una de las tablas de arriba. Una astilla estaba aun colgando. Holmes la arrancó y la examinó de cerca.

—¿Cree usted que esto fué hecho anoche? Se ve algo viejo, ¿no?

—Bueno, posiblemente así sea.

—No hay señales de que alguien haya brincado del otro lado. No, me imagino que de aquí no vamos a sacar nada. Regresemos a la recámara y discutamos el asunto.

—Phelps caminaba despacio apoyándose en el brazo de su futuro cuñado. Holmes marchaba rápidamente por el prado y ya estábamos de pie frente a la ventana abierta mucho antes de que llegaran los otros.

—Señorita Harrison,— dijo Holmes hablando con un tono de voz muy intenso.

—Debe permanecer todo el día donde está ahora. No permita que nada le impida estar donde está ahora. Es de la más grande importancia.

—Seguro, Sr. Holmes, si usted lo desea,— contestó la muchacha.

—Cuando se vaya a acostar cierre con llave la puerta de este cuarto y guarde la llave.

—¿Pero Percy?

—El nos acompañará a Londres.

—Tengo que permanecer yo aquí?

—Por amor a él, sí. ¡Rápido! ¡prométame!

Ella mostró su consentimiento moviendo la cabeza en el momento en que entraban los otros.

—¿Por qué estás tan aburrida allí, Annie? — preguntó su hermano.— Sal un poco al sol!

—No. Gracias José. Tengo un ligero dolor de cabeza y en este cuarto hace un fresco delicioso y acariciador.

—¿Qué es lo que piensa hacer ahora?— preguntó nuestro cliente.

—Creo que al investigar esta pequeñez no debemos perder de vista nuestra investigación principal. Me sería de gran ayuda si usted nos acompaña a Londres.

—¿En seguida?

—Tan pronto como le sea más conveniente. Dentro de una hora, digamos.

—Me sentí bastante fuerte si es que de veras puede ayudar en algo.

—Tal vez querrá usted que pase la noche allí.

—Iba a hacerle esa proposición precisamente.

—Así que si mi amigo de anoche viene a hacerme otra visita hallará que el pájaro ya voló. Todos estamos en sus manos. Sr. Holmes, y debe decirnos qué es lo que quiere que hagamos exactamente. ¿Quizá quiera usted que José nos acompañe para que me cuide?

—Oh, no; mi amigo Watson es médico, como usted sabe y el cuidará de usted. Comeremos aquí, si nos lo permite y después nos pondremos en marcha los tres hasta la ciudad.

Se hicieron los arreglos que él sugirió, aunque la Señorita Harrison pidió perdones por no abando-

nar la recámara, de acuerdo con la sugerencia de Holmes. No podía concebir yo cuál era el objeto de las maniobras de mi amigo, a menos que fuera el alejar de Phelps a la señora el cual comió con nosotros, en el comedor. Sherlock tenía una sorpresa más grande todavía para nosotros, sin embargo, y fué así que después de acompañarnos al tren y vernos abordarlo, con toda calma nos anunció que no tenía intención de partir de Woking.

—Hay uno o dos puntos que me gustaría aclarar antes de partir— dijo.— Su ausencia, Sr. Phelps, me será útil de varios modos. Watson, al llegar a Londres le agradeceré mucho que en seguida marche usted a la calle Baker con nuestro amigo y permanezca con él hasta que nos veamos de nuevo. Es afortunado que sean ustedes discípulos pues tendrán mucho de qué hablar. El Sr. Phelps puede quedarse en el cuarto vacante esta noche y yo estaré con ustedes a tiempo para desayunar pues hay un tren que me puede llevar a Waterloo a las ocho de la mañana.

—¿Y qué hay de nuestras investigaciones en Londres?— preguntó Phelps con tristeza.

—Podemos efectuarlas mañana. — Puede decirles a Briarbas que espero regresar mañana por la noche,— gritó Percy al empezar a alejarnos del andén.

Holmes nos saludó alegremente con la mano al salir de la estación rápidamente.

Phelps y yo platicamos ampliamente durante nuestro viaje, pero ni él ni yo podíamos encontrar una razón satisfactoria para este nuevo giro del asunto.

—Pienso que desea encontrar algunas pistas de la ratería de anoche, si es que hubo algún ratero. Por lo que a mí toca, yo no creo que fuera un ladrón ordinario.

—¿Qué es lo que usted piensa, entonces?

—A fe mía, puede usted adjudicarlo a la debilidad de mis ner-

—Bueno, si Holmes logra echarle el guante al que lo amenazó anoche, se habrá desviado en buen trecho del camino que sigue aquel que se robó el convenio naval. Es absurdo suponer que usted tiene dos enemigos, uno que quiere robarlo y el otro que quiere arrancarle la vida—. Y con esto nuestra conversación se desvió hacia otros temas.

El tiempo me resultaba muy fastidioso. Phelps se encontraba muy débil debido a su larga enfermedad y sus desgracias lo ponían nervioso y quejumbroso. En vano trataba yo de despertar su interés por Afganistán, La India, cuestiones de sociedad, por algo que borrara de su mente aquella amargura. Pero una y otra vez volvía a su convenio... y a medida que caía la noche su emoción se hacía más dolorosa.

—¿Tiene usted fe implícita en Holmes? — me preguntó.

—Lo he visto hacer cosas notables.

—Pero nunca pudo resolver algo tan complicado como esto, ¿verdad?

—¿Como no! Le he visto resolver problemas que mostraban menos pistas que el suyo.

—¿Pero no cuando intereses tan grandes están de por medio?

—Ignoro eso. Lo que sí sé es que he trabajado a favor de tres de las casas reinantes de Europa, y esto en cuestiones muy vitales. Y ahora, mi querido amigo, no podemos cooperar dejándonos dominar por los nervios! Le ruego por tanto, que se acueste y de ese modo se reanime para cualquier cosa que nos espera mañana.

Mi compañero siguió mi consejo aunque yo bien sabía que había poca esperanza de que durmiera. Realmente su humor parecía infeccioso, ya que yo mismo permanecí en vela hasta la media noche pensando en todos aquellos problemas... ¿Por qué había Holmes permanecido en Woking? ¿Por qué le había pedido a la señorita Harrison que se estuviera



vios o no, pero yo creo que hay una profunda intriga política a mi alrededor y que mi vida es el blanco de los conspiradores. Parece altisonante y absurdo, pero fíjese usted en lo que ha sucedido, ¿Por qué iba a tratar de entrar un ladrón a una recámara en donde no había nada que robar? ¿Y por qué iba a hacerlo con cuchillo en mano?

—¿Está usted seguro de que no era un santonito?

—Oh, no, era un cuchillo. Lo ví brillar claramente.

todo el día en el cuarto? ¿Por qué habéis sido tan cuidadoso en ocultar a los habitantes de Briarbas que se proponía permanecer junto a ellos? De esta guisa torturé mi mente hasta lograr quedarme dormido.

Desperté como a las siete e inmediatamente me dirigí al cuarto de Phelps para encontrarlo trasnochado y macilento después de haber pasado toda la noche sin pegar los ojos. Lo primero que me preguntó fué si Holmes había llegado.

Por: Eduardo Jenkins Dobles
Ingeniero Civil y Urbanista



ARA resolver satisfactoriamente un problema, lo primero que debe conocerse es la naturaleza de éste.

Empecemos, por consiguiente, definiendo con exactitud las causas de la crisis de vivienda que afecta prácticamente a todas las ciudades del mundo.

En primer término, es necesario comprender que existen factores básicos de índole económico-social cuya solución, indudablemente a largo plazo, es indispensable para alcanzar metas reales y permanentes. La escasa productividad del trabajador en los países poco desarrollados como

como usted recuerda, antes de que el somnoliento conserje le llamara la atención sobre la campanilla y fueron suficientes para darle al ladrón tiempo para escapar.

Harrison se fué a Woking en el primer tren, y habiendo examinado su botín, lo escondió en el que creyó ser un seguro lugar, con la intención de sacarlo de allí a los dos o tres días y llevarlo adonde él creía se le pagaría bastante bien. Pero entonces surgió su repentino regreso. Sin un momento de advertencia se le echó del cuarto y desde ese instante en adelante siempre estaban presentes cuando menos dos de ustedes para impedirle que recuperara su tesoro robado.

Esa situación le ha de haber parecido enloquecedora. Pero finalmente pensó que había surgido una oportunidad. Trató de introducirse pero le chasqueó su insomnio. Recordará que esa noche no tomó usted su acostumbrado sedante.

—Lo recuerdo.
—Me imagino que él había tomado medidas para darle al sedante más eficacia, y que confiaba bastante en que usted estuviera inconsciente. Por supuesto yo me di cuenta de que repetiría la tentativa tan pronto como se creyera seguro. El que usted abandonara ese cuarto le dio esa oportunidad. Hice que la señorita Harrison permaneciera allí todo el día a fin de que José no se nos anticipara.

Luego, habiéndole hecho creer que la costa estaba sin moros, hice guardia del modo como les he contado. Yo ya pensaba que probablemente los papeles estuvieran en el cuarto, pero no tenía ningún deseo de desgarrar pisos y paredes tratando de encontrarlos. Lo dejé tomarlos, por lo tanto, del lugar donde los ocultaba y de ese modo me ahorré muchas dificultades. ¿Le gustaría que le aclarara algún otro punto?

—¿Por qué quiso José entrar por la ventana la primera vez, cuando podía haberlo hecho por la puerta?— pregunté yo.

Para llegar a la puerta tendría que haber cruzado frente a siete recámaras. Por otra parte, le era muy fácil salir al Prado. ¿Alguna otra cosa?

—No cree usted, — preguntó Phelps, — que tenía intenciones asesinas? Tal vez esa navaja no era solamente herramienta de trabajo...

—Podiera ser, — contestó Holmes, encogiéndose de hombros. —Solamente me resta decir que el Sr. Harrison es un caballero a cuya misericordia yo me entregaría con muy poca voluntad.

Holmes dió un traguito de café y se volvió a los huevos y al jamón. Poco después se levantó, encendió su pipa y se acomodó en su silla predilecta.

—Le contaré lo que hice primero y como fue que llegué a hacerlo— dijo. Después de dejarlos en la estación me fui a dar un agradable paseo por el admirable escenario de Surrey hasta llegar a una pequeña aldea llamada Ripley donde tomé mi té en una posada y compré unos emparedados que me guardé en el bolsillo. Esperé allí hasta que empezó a oscurecer, momento en que me puse en camino hacia Woking, llegando a la carretera que pasa por Briarbas poco después de la puesta del sol. Esperé hasta que se despejó el camino, no hay mucho tráfico por él, generalmente, y luego escalé la barda y penetré a los terrenos de su casa.

—Pero la puerta estaba abierta con toda seguridad! — protestó Phelps.

—Cierto, pero yo tengo gustos raros en estas cosas. Escogí el lugar donde se yerguen los abetos y cubriéndome con ellos llegué a mi destino sin darle a nadie de la casa la oportunidad de verme. Me embosqué entre los arbustos del otro lado y me fui arrastrando de uno a otro, testigo de esto son las rodillas de mis pantalones, hasta que llegué al macizo de rododendros que están frente a la ventana de su recámara. Allí me puse en cuclillas y esperé los acontecimientos. No había bajado las persianas en su cuarto y podía ver a la señorita Harrison leyendo junto a la mesa. Eran las diez y cuarto cuando cerró su libro, aseguró las hojas de la ventana y se retiró. La oí cerrar la puerta y tuve la seguridad de que le había puesto la ve.

—¿Con llave; — exclamó Phelps.
—Sí, había dado instrucciones a la señorita Harrison de que cerrara con llave la puerta cuando fuera a acostarse. Levó a cabo todas mis indicaciones al pie de la letra. Sin su cooperación usted no tendría esos papeles en el bolsillo. Se apagaron las luces y me dejaron acucillado entre los rododendros.

—Era una hermosa noche pero la espera resultaba cansada. Por supuesto que yo sentía la emoción que siente el deportista cuando yace junto al brevedero esperando la caza mayor. Se tardó mucho, sin embargo... casi tanto, Watson como cuando estuvimos en aquella habitación mortal al resolver aquel problemita de la gavilla de Speckled. Había por allí en Woking un reloj que daba los cuartos y a veces me parecía que se había parado. Finalmente, sin embargo, como a las dos de la mañana, oír repentinamente el chirrido de una llave y el de un pasador que se corría. Un momento más tarde se abrió la puerta de la servidumbre y salió a la luz de la luna el Sr. Harrison.

—¿José! — profirió Phelps.

—Iba descubriendo, pero con una capa negra colgando sobre los hombros para taparse la cara en caso de alarma. Caminó de puntillas hasta la sombra que proyecta la pared y, al llegar a la ventana, introdujo una navaja por entre las hojas de la misma y corrió a el pasador. Abrió la ventana de par en par y con su navaja, a manera de palanca, forzó, hasta abrirlas, las persianas de madera.

—Desde donde estaba veía yo perfectamente el interior de la habitación y todos sus movimientos. Encendió las dos velas que estaban en la repisa de la chimenea y luego procedió a levantar la esquina del tapete que cubre el

piso. Al poco tiempo se inclinó y levantó un trozo de madera cuadrado, semejante al que dejan los plomeros encima de las uniones de instalaciones de gas. Este cubría la unión de la que se proyecta el tubo que conduce el gas a la cocina. De este escondrijo sacó ese cilindro de papel, volvió a colocar la tabla, arregló el tapete, apagó las velas y empezó a caminar derecho a mis brazos pues yo ya lo estaba esperando por fuera de la ventana.

—Bien, el joven José se me abalanzó navaja en mano; tuve que cogerlo un par de veces y me corté los nudillos antes de dominarlo. El único ojo que le quedaba bueno después de que terminamos, despedía destellos asesinos, pero finalmente cedió a la razón y me entregó los papeles.

—Ya con ellos en mi poder dejé ir al individuo, pero esta mañana le dí a Forbes toda su filiación. Si es lo bastante rápido para atrapar el pájaro, correcto y bueno. Si encuentra el nido vacío cuando llegue, pues, mejor para el gobierno. Me imagino que tanto Lord Holdhurst, por un lado, como el Sr. Phelps por el otro preferían que el asunto no llegara a las cortes de policía.

—¿Dios mío! — exclamó nuestro cliente con voz entrecortada.
—¿Quiere usted decirme que durante estas diez semanas de agonía los papeles robados estaban conmigo todo el tiempo dentro de ese cuarto?

—Así es, en efecto.

—¿Y José! ¿José un villano y un ladrón!

—Hummm. Pienso que el carácter de José es más peligroso de lo que uno creyera. Por lo que supe de él esta mañana, ha perdido grandes sumas de dinero en la Bolsa y está en condiciones de hacer cualquier cosa en el mundo para mejorar su fortuna. Cuando se le presentó la oportunidad no dejó que la felicidad de su hermana o la reputación de usted se pusieran en su camino.

Phelps se hundió en su silla.
—La cabeza me da vueltas— dijo. —Su relato me ha atontado.

—El problema principal de este caso, — observó Holmes, yacía en el hecho de que había demasiada evidencia. Lo que era vital estaba encubierto por lo que carecía de importancia. Ya había empezado yo a sospechar de José por el hecho de que usted tenía intenciones de viajar en su compañía aquella noche y, por ende, era algo probable que él lo fuera a ver, conociendo bien la Oficina de Extranjería, al dirigirse, a casa.

—Cuando más tarde supe que alguna persona había estado tan ansiosa por entrar en su recámara, en la cual nadie sino José podía haber ocultado algo, usted nos dijo cómo había desalojado a José cuando llegó con el doctor; mis sospechas se convirtieron en certeza, especialmente cuando se hizo la tentativa la primera noche de ausencia de la enfermera, mostrando esto que el intruso estaba bien familiarizado con el movimiento de la casa.

—¿Qué ciego he sido!

—Los hechos de este caso son los siguientes: José Harrison penetró a la oficina por la puerta de la Calle Charles, y conociendo el camino, marchó en derechura a su cuarto después de que usted lo había abandonado. No encontrando a nadie, al momento llamó de la campanilla y al hacerlo, sus ojos se fijaron en los papeles sobre la mesa. Una sola mirada le bastó para darse cuenta de que el acaso había puesto en sus manos papeles de inmenso valor, así que se los embolsó y desapareció. Pasaron unos cuantos minutos,

—Estará aquí cuando lo prometió, — dije yo; —ni un momento más temprano o más tarde.

Y mi dicho fue enteramente cierto, ya que poco después de las ocho se detuvo frente a la puerta de nuestro coche del cual descendió nuestro amigo. Desde la ventana notamos que su mano izquierda estaba cubierta por un vendaje y que su rostro se veía pálido y ceñudo. Entró a la casa pero transcurrió algo de tiempo antes de que subiera.

—Parece que le han dado una paliza — murmuró Percy. — Sin lugar a dudas que no tenía la mano así ayer. ¿Qué le habrá pasado?

—¿No está usted herido? — le pregunté al verlo errar.

—Bah, es sólo un rasguño debido a mi propia torpeza, — contestó, saludándolo con la cabeza.

—Este caso suyo, Sr. Phelps, de cierto que es uno de los más complicados que me haya tocado investigar. ¿Ha sido una experiencia sumamente notable!

—Ese vendaje revela algo de la actividad, — dije. — ¿No quiere contarnos qué es lo que pasó?

—Después del desayuno, mi querido Watson. Recuerde que por más de sesenta kilómetros he venido respirando el aire de Surrey. Me imagino que todavía no se recibe respuesta de mi anuncio sobre el coche. Bueno, bueno, no debemos esperar anotarnos un tanto todas las veces.

Una vez aderezada la mesa entró la Sra. Hudson con el té y el café. Unos cuantos minutos más trajo tres fuertes cubiertas y todos nos acercamos a la mesa; Holmes con hambre devoradora, yo con curiosidad y Phelps en el más melancólico estado de depresión.

—La Sra. Hudson se ha puesto a la altura de la ocasión, — dijo Holmes, descubriendo una fuente que contenía pollo con salsa. Su arte culinario es un poco limitado, pero tiene, como Escocesa, una excelente idea de lo que es un desayuno.

—¿Qué hay allí, Watson?
—Huevos con jamón, — contesté.

—¿Magnífico! ¿Qué va a tomar usted, Sr. Phelps, pollo en salsa, o huevos, o quiere servirse usted mismo?

—Gracias, no puedo comer nada, — dijo Phelps.

—Bueno; creo que entonces no tiene inconveniente en servirme, — dijo Holmes con un malicioso guiño de ojo.

Phelps destapó la fuente y al hacerlo lanzó un grito de inmensa sorpresa, permaneciendo como paralizado y con la mirada fija y tan pálido como el platón en que tenía puestos los ojos, y luego se puso a bailar como un poseído por todo el cuarto, estrujando contra su pecho y gritando de alegría. Poco después se dejó caer en un sillón, agotado por la emoción.

—Vamos, vamos— dijo Holmes con suave tono, golpeándole ligeramente la espalda.

—Confieso que fué muy brusco dársele en esta forma, pero Watson puede decirle que es muy difícil para mí resistir estos efectos dramáticos.

Phelps lo tomó de la mano y se la besó.

—¿Dios lo bendiga! — exclamó. —Me ha salvado la honra.

—También la mía estaba de por medio, ya lo sabe, — contestó Holmes.

Phelps se guardó el precioso documento en el bolsillo más profundo de su americana.

—No tengo el ánimo de interrumpir su desayuno por más tiempo, sin embargo, me estoy muriendo por saber dónde lo encontró.

a la vista de todos, pero quizás no todos se esfuerzan por clasificar y sintetizar? He aquí algunos, que sería interminable recopilarlos por completo:

No existe relación conveniente de la casa con centros comerciales locales y generales; con escuelas, colegios, clubs, parques, campos de juego y otras instituciones sociales de instrucción, descanso y ejercicio. Mezcla caótica de usos comerciales, industriales, residenciales, etc.

LOTES ESTRECHOS.

Falta separar en forma total e inequívoca el tráfico motorizado del tráfico social (a la escuela, al Club, al parque) que es básicamente a pie; de ahí que se requiera contar con suficientes espacios libres a distancia adecuada para los peatones. La anchura, pendiente, capa de desgaste y régimen de cruces "dependen de la función de la calle", lo cual todavía poca gente comprende, en cuenta muchos ingenieros.

Casas de material feo y poco durable.

Carencia de luz y ventilación. Promiscuidad y hacinamiento.

No hay orientación clara al sol y al viento.

Transporte incómodo a los centros de trabajo, de intercambio comercial y de expansión social.

Inadecuado servicio eléctrico.

Cañerías y cloacas deficientes.

Falta de estacionamiento.

Etcétera.

¿Cuáles son, en vista de estos problemas, los objetivos que deben adoptarse para una solución racional?

El primer paso es la adopción de un plan regulador de la ciudad que claramente defina el esqueleto de vías de circulación y divida el conjunto en "zonas" comerciales, cívicas, industriales, residenciales (de varios tipos) y áreas verdes generales, incluyendo una faja de protección en los alrededores. No se puede estructurar nada bello, conveniente y saludable sin "orden". Todo, en realidad, depende de un plan regulador inteligente, en cuenta las redes básicas de cañería, cloacas y electricidad. Estos planos reguladores deberán acompañarse de leyes de plusvalía y expropiación en caso de necesidad pública, de reglamentos de zonificación y fraccionamiento que regulen los usos de la tierra, porcentajes de ocupación de los lotes, retiros y ángulos de luz (garabitos), densidades, lotes mínimos, porcentajes de áreas verdes, estacionamientos, etc.

En las zonas que se definan como residenciales, debe especificarse la ubicación aproximada de la escuela, parques, campos de juegos vecinales y centro comunal (cívico y comercial). Con estas disposiciones en mano, puede la Ingeniería Municipal decidir de inmediato — cuando se presenta una solicitud de urbanización — si ésta conviene a la ciudad desde el punto de vista financiero, social y del plan director — y en caso afirmativo — proceder a sugerir mejores, si son aparentes, y a verificar si todas las especificaciones se llenan a cabalidad.

Para Costa Rica, juzgamos que las siguientes reglas son pertinentes en zonas residenciales:

1º) No permitir desarrollos fraccionarios desconectados, sino en forma de unidad vecinal completa, o como parte de una a integrarse en el futuro, previendo claramente el sistema de calles y el régimen de áreas verdes, la posición de la escuela

primaria y el centro cívico comercial de la comunidad, la red de servicios, etc.

2º) Exigir un mínimo de 15% en áreas verdes, preferiblemente 20%. El 5% que se pide ahora es ridículo, no sirve para nada. También es necesario especificar que la ubicación de tales áreas libres queda a discreción del urbanista municipal.

3º) Dar más latitud en cuanto al sistema de calles. El reglamento vigente en San José no hace una clasificación correcta de las vías y el resultado es que las urbanizaciones vienen a incorporar un "exceso de superficies pavimentadas", alrededor de 30%, cuando se puede resolver el problema ocupando 20% del terreno o menos. Las calles deben organizarse en forma orgánica, como el sistema circulatorio del hombre que va de la arteria al vaso capilar, como el árbol que pasa del tronco a las ramas y pedúnculos, como la cañería que empieza con un tubo madre y termina con la paja de agua.

Las calles se deben clasificar en dos grupos básicos:

a) "Vías de circulación" con dos sub-grupos: primero las "autopistas o troncales" de tránsito rápido, con 4, 6 o más vías y acceso restringido, excepto a base de calles marginales; segundo las "penetraciones", probablemente con tres o cuatro vías, que dan ingreso inmediato a las distintas zonas de la ciudad.

b) "Calles de habitación", que únicamente sirven a un grupo reducido de viviendas y donde sólo entra quien va para una casa. Si deben ser de doble vía, su ancho mínimo de calzada no puede bajar de 6m. Pero es perfectamente lógico concebir derivaciones con tráfico en un sólo sentido (como el sistema Herrey usado en la Ciudad Universitaria de México), que en la unidad vecinal pueden tener solamente un pavimento de 3 o 4 m., con estacionamiento fuera de la calle. Se puede lograr una gran economía en calles, si la gente acepta que no es indispensable que el automóvil llegue a la puerta de su casa, sino que el acceso se haga por veredas estableciéndose un sistema de garages colectivos. Véase dibujo ilustrando estos conceptos.

A los propietarios que protestan porque deban dejar libre 15% de los terrenos en vez de 5%, se les puede contestar: "de modo irrevocable" que ese 10% lo pueden recobrar en el sistema de calles, con la ventaja de que se economizan un considerable volumen de pavimentación.

4º) Exigir fraccionamientos en superblocs de longitud mínima de 300 m., hasta 500 m., con ancho no menos de unos 150 - 200 m., desarrollados alrededor de un parque para uso de las familias que ahí residen. Para mayor economía de calles, parece mejor destinar este parque interno o sub-centro comercial (pulpería, lavandería, garage, etc.) y colocar los kinders, los jardines de niños, etc. en los límites con el parque vecinal. Si la calle de habitación primaria es una circunvalación externa se debe invertir la ubicación propuesta. Todo el mundo comprende que las "manzanas" típicas de 100 x 100 vs. causan multiplicidad de intersecciones y que son demasiado profundas si no se des-

arrollan interiormente. La subdivisión corriente en las urbanizaciones actuales es en bloques de 120, 150 m. por 60 m. de ancho (doble fondo), rodeados de un exceso de placas de concreto o asfalto (calles) sin clasificación alguna. Y hay muchos que creen — con grave error — que esto es extremadamente moderno. Véase el dibujo que ilustra ideas muy diferentes, para no extender demasiado estos comentarios.

5º) Lotes mínimos de 200m², con frente no menor de 10m; porcentaje construido no mayor de 50% (hasta 75% en zonas comerciales), patio mínimo de unos — 100m², ángulo de luz no menor de 45% (con la horizontal), aunque conviene especificar 30º para sala-comedor y dormitorios permitiéndose 60º para cocina, pilas, garage (servicios).

6º) La orientación no puede hacerse obligatoria, pero sí dejar a discreción del urbanista cambios que parezcan justificados. En las regiones cálidas de la bajura las viviendas deben ponerse perpendiculares o diagonales a las brisas prevalentes (no en los lugares fríos). La luz debe tomarse del Norte o Sur (mejor lo último para protección de la lluvia), para no recibir los rayos directos del sol; los problemas de orientación sin embargo, pueden solucionarse en gran parte modificando la distribución interna, usando rompe-soles, etc.

7º) Enterrar las cloacas bajo la calle causa muchas dificultades a la hora de hacer reparaciones, cambios o conexiones. Los postes de distribución eléctrica afean enormemente el vecindario, pero la transmisión subterránea es demasiado cara para hacerse mas datoria. Esto no es materia de reglamentos, mas conviene aconsejar que estos servicios se hagan por sérvidumbres en zacate, donde sea posible. Es obligación del urbanizador — como se exige, ahora — construir todas las calles e instalar los servicios mencionados.

8º) Debe hacerse obligatorio proveer estacionamiento fuera de la calle. No tengo aun datos nacionales suficientes para formular recomendaciones concretas. Pero a "ojo de buen cubero", en zonas residenciales probablemente se necesite no menos de 50% de las casas con sitio para vehículos; los comercios posiblemente requieran una superficie igual al área de piso; los sitios de reunión pública tal vez un estacionamiento por cada 25 espectadores.

9º) Control arquitectónico, estructural, sanitario, etc. por ordenanzas de construcción y sanidad.

La forma exacta que adopte la unidad vecinal depende de la topografía de sitio y del criterio que adopte el urbanista a cargo del proyecto. Las viviendas pueden ser sencillas, gemelas, en pabellón o multifamiliares, según la capacidad de pago de los clientes y sus preferencias.

Las urbanizaciones que se hacen en el presente, en su mayor parte, tienen serias deficiencias. El futuro Instituto Nacional de Vivienda y Urbanismo deberá dar el ejemplo construyendo unidades vecinales como la que se ilustra. Debe también darse incentivo a los urbanizadores particulares para que hagan las cosas como se deben, obligándose el Gobierno o el INVU a construir la escuela, Kinders y Club Social, parques y campos de juego, en las reservas que se dejan para uso público.

BECAS DE VERANO PARA LOS CURSOS DE SANTANDER

Al igual que en años anteriores, la Universidad Internacional Menéndez Pelayo ha convocado sus cursos de verano en Santander (España). Al propio tiempo ha establecido las becas y facilidades consiguientes, y los solicitantes deberán dirigir su documentación a la Ciudad Universitaria de Madrid.

PREPARACION A LA VIDA FAMILIAR

El Ministerio de Educación Nacional del Luxemburgo ha creado ocho centros de educación y formación familiar. Estos centros tienen por objeto preparar a las muchachas de diez y seis años de edad para el matrimonio y la vida familiar. Los cursos tienen una duración de seis semanas a tres meses y comprenden conferencias, coloquios sobre problemas psicológicos, económicos, jurídicos, higiénicos, religiosos y morales de la vida familiar y del matrimonio. Imparten la enseñanza personas especializadas en las diferentes disciplinas: médicos, abogados, profesores, etc. El año pasado obtuvieron el correspondiente certificado de asistencia regular quinientas muchachas pertenecientes a todos los medios sociales.

LA EDUCACION DE ADULTOS Y LAS EMPRESAS PRIVADAS

En Portugal, según las estadísticas suministradas por el Instituto Nacional de Estadística, la proporción de analfabetos ha disminuído mucho desde el siglo pasado. En 1890 había un 75,9% de analfabetos, mientras que en 1950 esta proporción había bajado a un — 40,4%. No obstante, los funcionarios de la educación nacional han decidido combatir tenazmente contra la plaga del analfabetismo para hacerla desaparecer definitivamente del país. Este es el origen del Plano de Educación Popular iniciado en 1952 y que trata de resolver el problema no solamente de los niños en edad escolar sino también el de la educación de los adolescentes y de los adultos analfabetos. Este plan dispone que los cursos de educación de adultos se establecerán en todas partes en donde existan medios materiales adecuados y que los programas serán análogos a los de los cursos elementales de la enseñanza primaria, así como igualmente que la enseñanza impartida en forma separada a los hombres y a las mujeres por maestros de escuela de su sexo. Los cursos durarán seis meses, a razón de dos horas por día y se llevarán a cabo en los locales escolares, en las fábricas, en las oficinas comerciales y en otros lugares apropiados.

LA VERDAD EN OTRA LENGUA

Por Peter Du Beig

ACIA fines del siglo IV de nuestra era, estudió y vivió San Jerónimo, cuyo más grande placer fué la lectura de las obras

paganas de Roma. En uno de sus sueños, el Santo fué visitado por Jesucristo, quien le reprochó por ser más ciceroniano que cristiano. San Jerónimo le confesó: "Cada vez que leo un manuscrito latino te reniego", porque las versiones de las Escrituras en la lengua del Lacio, en los primeros siglos del cristianismo, eran inexactas y llenas de faltas gramaticales intolerables a cualquier letrado.

Desde entonces, San Jerónimo se consagró al estudio de los Sagrados Libros y de las lenguas griega y hebrea, y, entre los años 385 y 405, elaboró una propia y nueva traducción latina de la Biblia, tomándola de los textos originales hebreos y griegos. Tal traducción, conocida con el nombre de Vulgata es la única admitida en la Iglesia Católica de rito latino.

La herencia de la ciencia griega y del pensamiento occidental

Los traductores de algunos países han escogido a San Jerónimo como su patrono. En todas las épocas de la historia han existido "intérpretes", cuya obra ha enriquecido de manera permanente el patrimonio cultural de la humanidad: los setenta y dos sabios hebreos que tres siglos antes de Jesucristo tradujeron el Antiguo Testamento en griego, por orden de Ptolomeo Filadelfo, crearon la célebre "versión de los setenta"; el monje hindú Kumarajiva, en el siglo V, reveló al mundo chino los Libros Sagrados del Budismo; los eruditos siríacos, después del derrumbamiento del Imperio romano, dieron impulso y estímulo a la ciencia árabe y persa mediante sus traducciones de los clásicos griegos y latinos.

Esta obra, de verdadera interpretación, no fué solamente individual sino también colectiva. Así, en la Edad Media existió en Toledo una célebre Escuela de Traductores, que constituía una auténtica universidad internacional. Se sabe que esta ciudad fué en el siglo XI uno de los centros culturales más activos de Europa, gracias al contacto de tres civilizaciones: cristiana, musulmana y hebrea.

Los autores árabes habían llegado ya a recoger, en gran parte, la herencia de la ciencia griega y del pensamiento occidental. Han publicado obras eminentes de filosofía, medicina, astronomía y matemáticas. Pero era necesario que esas obras fueran conocidas por los humanistas europeos, en latín o en las lenguas románicas, y para ello era menester traducirlas de sus idiomas originales. Esa fué la obra de la Escuela de Toledo.

El Occidente vuelve a encontrar a Aristóteles

Protegidos por los reyes y los obispos, los sabios católicos españoles, los israelitas, ingleses, italianos, portugueses y muchos otros, reunidos en el ambiente cosmopolita de Toledo, pusieron mano a la tarea de traducir en latín las versiones árabes de las obras griegas. Sus textos latinos hicieron conocer en las escuelas occidentales las obras de Aristóteles y de otros clásicos y contribuyeron a la transformación que se iba a operar en

la filosofía escolástica durante los siglos XII y XIII.

Al mismo tiempo, en ese centro ilustre se estudiaba la doctrina y los conceptos originales de los pensadores árabes y judíos. Desde entonces se impuso la explicación racionalista del Universo, con independencia de la revelación sobrenatural, y eso constituyó un elemento y un método esenciales del pensamiento universal. Aún en la mística cristiana se encuentran, a través de España, los ecos de la mística musulmana. La visión del Dante en su Divina Comedia debe mucho a las reflexiones de Ben-Al-Arabi, de Murcia, por mediación de Brunet Latín y muestra la simpatía que tenía el poeta por Avicena y Aberroes (y aún por Saladino), a los que coloca en sus círculos inmortales.

Los trabajos de la Escuela de Toledo dieron igualmente nuevo lustre a los estudios astronómicos, médicos y matemáticos que los árabes habían hecho progresar apoyándose sobre las conquistas científicas de la China, India y Persia. Desde ese plano, los sabios europeos en los siglos futuros iban a impulsar hacia adelante la obra del progreso científico.

Los narradores árabes, precursores de Chaucer y de Boccaccio

Las traducciones de Toledo contribuyeron grandemente al florecimiento de las artes, de la música y de la literatura europeas. En la esfera de esta última, por ejemplo, la *Disciplina Clericalis*, de Pedro Alfonso —de la que más tarde se hicieron versiones en español, inglés, francés, italiano y alemán, y que no era otra cosa que una compilación de cuentos orientales traducidos del árabe— introdujo en la literatura occidental un nuevo género literario, aquel en que iban a hacerse famosos Chaucer y Boccaccio.

De esta manera, la Escuela de Traductores de Toledo rindió un gran servicio a la cultura occidental: volviendo a descubrir para Europa lo que los árabes habían salvado de los clásicos griegos y latinos, permitió la difusión de obras conocidas hasta entonces sólo por referencias o extractos y abrió el camino para el gran florecer del Renacimiento.

En el siglo XII, las víctimas de la persecución de los almorávides, refugiadas en Barcelona y protegidas por el Conde de Provenza, Berenger III, transformaron esta ciudad en un centro de contacto con los cristianos venidos de Italia, y por este medio fueron reveladas a Europa las obras de Tolomeo, Hipócrates, Galieno, Abou-Bekr y otros sabios, cuyo conocimiento debemos al judío barcelonés Abraham ben Xijja.

La Federación Internacional de Traductores

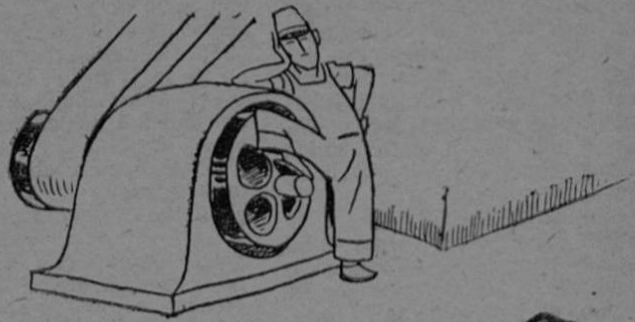
Entre los actuales sucesores de esos traductores medioevales se pueden mencionar los colaboradores de la Colección de O. Representativas de la Unesco. Esta empresa ha publicado ya varias obras árabes, persas e hispanoamericanas, en francés y en inglés, así como la traducción en árabe de algunos clásicos de la literatura occidental. Pero, en el curso de los siglos, la profesión de traductor ha perdido mucho del esplendor que le había dado la Escuela de Toledo: la condición de traductor es desconocida en ciertos países y su trabajo es frecuentemente mal remunerado.

Para proteger los intereses morales y materiales de la profesión

Anecdótico Nacional

por CARLOS FERNÁNDEZ MORA

Dibujos de Noé Solano V.



Licenciado don Fabio Baudrit González fué un literato insigne, abogado de alto coturno, político de nota, que consagró los mejores años de su vida, a servir a la república con dignidad y decoro. Como humorista, manejó con inimitable soltura el chiste culto, la crítica agradable. Llenas están las páginas de los más serios y respetables diarios y revistas de su ingenio y de su gracia.

En una oportunidad, en que la Planta Eléctrica de Barba trabajaba mal, el Licenciado don Cleto González Víquez, siendo Presi-

dente de la República fué a visitarla en compañía de su sobrino el Licenciado don Fabio Baudrit.

Cuando ambos personajes se encontraron en la propia Planta Eléctrica, observándola y escuchando las razones de los encargados de la misma, Don Cleto, le dice a su sobrino:

—“Fabio: aquí lo que procede es llamar al Ingeniero Eléctrico Chale Ross”

Entonces, el Licenciado Baudrit González, dejando escapar una sonrisa, quizá burlona, le contesta al señor Presidente González Víquez:

—“CLETO: ESTO NO ES ASUNTO DE CHALE ROSS SINO DE ECHALE AGUA”...

se ha fundado una Federación Internacional, que agrupa las organizaciones de traductores de Alemania Occidental, Dinamarca, Francia, Italia, Noruega y Turquía. Se espera la adhesión próxima de los grupos españoles, japoneses, británicos, yugoeslavos y canadienses.

La actividad de la Federación Internacional de Traductores, en el plano profesional, encuentra su complemento indispensable en la actividad cultural. Así la Federación no sólo se consagra al mejoramiento de la situación del traductor y de la calidad literaria de su obra sino que se esfuerza en establecer contactos con los organismos culturales; organizar manifestaciones literarias y artísticas, así como conferencias y reuniones de especialistas; realizar y patrocinar viajes con el propósito de multiplicar las relaciones internacionales en todas las esferas correspondientes a la traducción y contribuir al conocimiento de las lenguas vivas.

El premio "San Jerónimo"

El primer Congreso de la F.I.T. (Federación Internacional de Traductores), se llevará a cabo en septiembre, en la Casa de la Unesco, en París. Allí tratarán los delegados de definir la condición

del traductor y examinarán la posibilidad de dar a esta profesión un estatuto internacional. También estudiarán otros muchos proyectos, entre los cuales es menester citar: la creación de un Instituto Internacional de la Traducción —provisto de una Biblioteca central y de un fichero de traductores, que mantendrá relaciones con los diferentes países para estimular los intercambios internacionales—; los medios de favorecer la publicación de traducciones menospreciadas hasta hoy en el plano comercial, pero que representan gran interés por su valor cultural; la creación de Ordenes de Traductores; los problemas de la seguridad social y del derecho de autor.

Finalmente, la Federación intenta crear los Premios Internacionales de la Traducción como recompensa a varias categorías de trabajos: la obra editada, la adaptación radiofónica, la película hablada, la traducción de una obra científica, el cuento publicado en la prensa, etc. Esta recompensa será doble: una destinada a traductores orientales, y otra a traductores occidentales. El conjunto de estas recompensas llevará la denominación de Premio San Jerónimo.

Los días de Cipriano Castro

Por Dionisio López Orihuela

Tout homme qui écrit écrit un livre ce livre; c'est lui.— V. H.



L anhelo de posesión de un conocimiento cabal de algo es la más alta manifestación que puede dar el hombre, de su ambición

y de su inteligencia, de su constancia y de su fe. Como ser limitado, la posesión absoluta, intelectual del "ser", no le está permitida. Por intenso que sea su afán habrá, pues, para cada uno, cierto nivel insuperable, una altura determinada por la fuerza y pureza de las cualidades y virtudes ya nombradas y de otras no me nos. Son ellas las que definen la personalidad, ese cosmos diminuto pero tan maravilloso como el otro, el universo infinito. Si tras ladamos esto a la realización de las más altas empresas humanas y a las cualidades y sacrificios que ellas exigen, los valores se multiplican y engrandecen y, con ellos, las condiciones y relaciones de nuestra impotencia. Lo que constituye la verdadera grandeza espiritual es el incansable forcejeo, la lucha obstinada, el sostenido esfuerzo por reducir en algo la distancia que nos separa de la perfección inalcanzable. No nos cabe esperar que el hombre sea perfecto, pero nos está permitido exigir que aspire a serlo. Bolívar ambicionaba ser, sobre el Monte Sacro, el Libertador; y la nobleza de su ambición nos revela la grandeza de su "ego". Para realizarse como Liberador Bolívar no podrá detenerse a cierta altura, mirar desde allí su obra y reposar luego, satisfecho de ella. Estaba comprometido en una empresa en la que su muerte misma debía ser factor de creación. Sólo Dios descansó el séptimo día después de haber trabajado seis, haber contemplado su obra y encontrado que era buena.

De los hombres que se detienen en mitad del camino que al parecer se habían trazado, de los hombres cuyas obras no corresponden a la ambición inicial que les dió impulso, se ha dicho que son los grandes, los auténticos fracasados. Y esto es así porque no puede ser un fracasado quien no comprometió su vida y su alma en ninguna empresa útil. La amargura del fracaso, además, únicamente puede sentirla aquél que vivió por un ideal y sólo para servirle. La muerte de ese ideal se torna muerte del espíritu, más terrible que la otra, la de la carne, de la que dijo Kirkegaard, que no era enfermedad mortal.

Además del compromiso íntimo, absoluto, del ser humano consigo mismo —por algo es ser de conciencia— hay otro cuya importancia y severidad no podría soslayar sin caer en el abismo de la total traición, de la autonegación; y es éste: el compromiso con la sociedad donde ha actuado, con la comunidad vital cuya savia nutrió su obra. Este compromiso se ensancha en círculos cada vez mayores a medida que el hacer del hombre se funde con el de la comunidad y la dirige y perfecciona, hasta resolverse en armonía de hombre y pueblo. La obra del político, la del maestro, la del escritor, son las que con más relieve se destacan haciéndonos comprender aquella relación de destino. Las frases "él se debe a su

DIONISIO LOPEZ ORIHUELA, prestigioso intelectual venezolano, ex-Director del Instituto Andrés Bello, institución que regentó por 27 años.—Ha realizado numerosos viajes por América y Europa. Autor de varias obras de carácter crítico, histórico y literario.

En el presente ensayo muestra su versación, analizando por menorezadamente el último libro del conocido escritor Mariano Picón Salas, titulado "Los Días de Cipriano Castro".

pueblo", él se debe a sus discípulos" son de un esclarecedor realismo. Todos, unos más, otros menos, estamos comprometidos por relaciones semejantes. La vida del hombre llegar a ser una integración en el sentido expresado. Sea como fuere, somos hijos de nuestras obras y si apuramos la metáfora, podríamos decir que ellas nos juzgan y a ella estamos obligados a responder.

Todas estas reflexiones las he sentido bullir en mi mente en la ocasión de la lectura del último libro de don Mariano Picón Salas, cuyo título "Los Días de Cipriano Castro" es por sí solo, un aguijón capaz de despertar la curiosidad del más indiferente venezolano.

Pocas veces he ido a un libro con más esperanzada emoción, y entre los de don Mariano a ninguno abrí con tanto cariño ni con tan segura confianza. Historiar los días del General Castro es piedra de toque del talento y del ingenio, de la honestidad intelectual y hasta del valor cívico. Todo ello lo posee don Mariano: su obra será regalo, me decía yo, para el espíritu y aliento para los necesitados de fortaleza. Esos días son, sin duda, uno de los capítulos más importantes de nuestra historia contemporánea, La Federación y luego la no superación del régimen integrador de Guzmán Blanco, fueron preparándolo en lenta elaboración de casi medio siglo. La acumulada herencia de los grandes desaciertos políticos, que tanta repercusión habrían de tener en el campo de la economía, de la administración y de la cultura, condujo a una desintegración social que hizo posible el estilo de una nueva forma desconocida de dominio. Degeneradas o empobrecidas las energías de la nacionalidad, representadas, para nuestro infortunio, por caudillos regionales, Venezuela será fácil conquista de los hombres fuertes. La historia que precede a 1900 debe darnos, con toda claridad, la explicación de ese período. Los días de Cipriano Castro tendrán importancia suma una vez esclarecidos por el análisis de sus causas históricas. El libro de don Mariano Picón Salas es un intento de análisis porque en verdad no lo realiza; se queda en la crónica salpicada de anécdotas e ilustrada por una que otra reflexión social y económica que apenas se deja sentir tras un atemorizado disimulo.

Pero no es del Picón Salas historiador que voy a ocuparme por ahora. Picón Salas es, ante todo, un literato; su campo es el de las letras. En historia de la cultura su preparación es innegable. Como escritor ha sido admirado en el mundo de habla hispánica. Como ensayista ha merecido los más altos elogios. Venezuela acaba de premiar su obra de escritor con el más grande galardón de que dispone: el Premio Nacional de Literatura. Sus libros son recibidos con ansiosa expectación, no sólo en su patria, Venezuela sino en todos los países de la América Latina. Picón Salas se debe, pues, a su obra, a sus lectores, y

sobre todo a la juventud estudiosa de su país, que ha visto siempre en él a un maestro; y no está bien que se abandone lamentablemente como lo hace en su último libro. ¡Cuánto siento que este libro no esté bien escrito!

Las observaciones que sin mayor trabajo he anotado a las márgenes de las primeras páginas no dejan lugar a dudas de lo que acabo de afirmar. Veamoslas.

Línea Nº 3.—El paréntesis debe cerrarse en Crespo y no en Castro. En Castro debe ir una coma.

Línea Nº 4.—La grafía del numeral aparece caprichosamente mixta: cuarenta y ocho—48— con cifras y el resto con letras. Además, falta coma en Bolívar.

Línea Nº 10.—... "gentes nó-mades..." En este caso es galicismo rechazado.

Línea Nº 11.—... que salieron a "buscar su destino". ¿?

Línea Nº 12.—... como inesperada "Mitología"... Sin inicial mayúscula sería todavía exagerado.

Línea Nº 12.—... surge "la peripezia" de Cipriano Castro. La palabra peripezia no está de acuerdo con la historia del personaje.

Línea Nº 14.—... "levantara"... Con Venezuela de sujeto está mal empleado el verbo, aun en el sentido figurado de reclutar.

Línea Nº 16.—... cesarismo "guzmancista"... De Guzmán acepta y escribe el derivado Guzmanismo, que sería correcto sin mayúscula, en la página 10, línea 6; pero a la vez deriva guzmanista en vez de guzmanista.

Línea Nº 19.—... "fueron"... alternativamente encarcelados y carceleros, "su imperioso prestigio se yergue"... ¡Un gran descuido!

Línea Nº 23.—... Sísifos o Atlantes "con apetito presidencial...!"

Línea Nº 24.—... Se alzan otra vez cuando se consume la tragedia de La Mata Carmelera... Es evidente que el verbo que quiso emplear no es consumir, sino consumar. Por lo tanto "es consumar", en indicativo, y no consume.

Línea Nº 25.—... desaparecida ya su "raza"... se refiere a los Sísifos o Atlantes; y no es correcto en el relato histórico porque la raza de los Araujo, por ejemplo, no se ha extinguido todavía.

Línea Nº 30.—... "aún"... Antes de verbo no se acentuaba; hoy, por disposición de la Academia, no se acentúa en ningún caso.

Línea Nº 31.—... en las creaciones "de la Inteligencia" admira ba en ellos... Es evidente que falta coma en Inteligencia. Además, Inteligencia con inicial mayúscula tiene un significado especial en la historia de la cultura, que de ningún modo puede aplicarse al texto.

Línea Nº 32.—... "el pueblo admiraba en ellos" (en los caudillos) como en los compañeros del Cid, la energía... Acaba de afirmar que el pueblo no podía solazarse en las creaciones de la inteligencia y añade que admiraba en ellos como compañeros del Cid,

la energía.

Línea Nº 34.—Desde esta línea hasta la Nº 37 la puntuación es pésima.

Línea Nº 40.—... "quisquillosa conciencia de dignidad" que se confundía con todos los conceptos éticos del "viejo honor" hispánico". Pasando por alto la quisquillosa conciencia de dignidad ¿por qué ese honor burlesco entre comillas?

Línea Nº 43.—Abrese aquí una interrogación de 76 palabras que, como se comprende, es insostenible al final. En ella observo faltas de puntuación, de sintaxis y de veracidad histórica. Transcribo solamente la de sintaxis... aquellos —el diputado Bruno Rivera y el senador Angel Evaristo Tellería— "disparan" simultáneamente los revólveres, "cayendo muerto" de un balazo el general Tellería.

Línea Nº 58.—... periodistas hambreados que acuden a presentarles su "gacetilla de saludo"... ¿?

Línea Nº 59.—... condotieros... Este italianismo lo usa siempre en comparaciones forzadas y sin atenerse a su significado.

Línea Nº 62.—... liberales "o" nacionalistas...

Línea Nº 64.—... lagartijos "y" langostas... Nos preguntamos por qué habiendo empleado la disyuntiva "o", que separa, como es lo correcto, los dos bandos opuestos, une los lagartijos con las langostas por medio de la copulativa "y".

Línea Nº 68.—... tierra coriana, especie de "Arabia petrea" de la nacionalidad... Ante todo, es pétreo y no petrea. Arabia petrea es una región geográfica y sólo podría compararse con otra de su clase. Lo correcto era país.

Línea Nº 75.—... se meterá al plomo... Entre comillas ya sabría el lector a qué atenerse.

Línea Nº 77.—... avanza "con su caballo"... ¿Qué quiere expresar?

Línea Nº 79.—... sin embargo... Sin embargo se sabe que es sin embargo.

Línea Nº 81.—... y Diego Colina", el gran machetero supersticioso... "y a una palabra suya" se alzarían... Otro gran descuido.

Línea Nº 84.—... con sus "cuchillos de cortar caña"... No hay tales cuchillos.

Línea Nº 85.—... Sierra del "Sur Coriano"... Con Mayúsculas!

Línea Nº 86.— como "Reyezuelo patriarcal de la Iliada". Primero, no eran reyezuelos sino reyes los adalides que tomaron parte en la guerra de Troya. El hecho de haber reconocido como jefe supremo de la expedición a Agamenón, no autoriza a llamarlos reyezuelos; Agamenón fué Rey de Reyes. Segundo, no se dice Iliada, sino Iliada. Tercero, esos reyes no eran patriarcales. Basta recordar el origen y significado de la palabra patriarca y comparar las dos culturas primitivas, tan diferentes, tal como nos han sido reveladas por la Iliada y el Antiguo Testamento.

Línea Nº 87.—Y otro linaje peleador, el del General Ramón Castillo García, con algo de enteco y duro hidalgo de la España del siglo XVI, a quien Arcaya recuerda... Otro descuido; el sujeto es linaje peleador y lo que sigue se refiere al General.

Línea Nº 96.—En esta línea y en las siguientes aparece el General Ramón Castillo García como hombre a quien faltarle el respeto era muy peligroso, pues siem

pre estaba dispuesto a que la **reparación se refrendara en sangre**...!

Línea N° 100.—Faltas de puntuación como también en las tres que le preceden. Se encuentran a todo lo largo de la obra.

Línea N° 101.—Error de imprenta; lo anoto por estar en el apellido de un caudillo.

Línea N° 108.—...el **hinterland caraqueño desde el Tuy hasta Aragua**... La idea parece ser que la región que se extiende desde el Tuy hasta Aragua puede llamarse hinterland caraqueño. ¿?

Línea N° 109.—...**viejas pero aguerridas espadas**... ¿Sorprende acaso que viejas espadas sean aguerridas?

Línea N° 110.—Aquí aparece **Guzmanismo** con inicial mayúscula y no **guzmanismo** con inicial minúscula, como sería lo correcto.

Línea N° 129.—Un como **gran Elector de la Cordillera**... Es **Gran Elector**, título que tiene un origen histórico muy conocido.

Línea N° 130.—...un **Margrave de rubias barbas**... Los Margraves de la Mancha... Se refieles debieron tener barbas rubias, pero no para parecerse al General Juan Bautista Araujo. Tal vez éste, por tenerlas rubias, se parecía a un Margrave.

Línea N° 135.—...Sin embargo... Otra vez.

Línea N° 137.—...Trujillo, **región de Agricultura en su mayoría parcelera**... Varias observaciones podríamos hacer: agricultura con mayúscula inicial y sin coma; Agricultura en su mayoría, es inaceptable; parcelera, no es palabra castellana.

Línea N° 142.—...ancestral... Galicismo no aceptado.

Línea N° 146.—...comarca con **quistada y fundada por García de Paredes**... Conquistó la comarca y fundó a Trujillo, la ciudad.

Línea N° 149.—...**espatarrados ale ros**...Espatarrado como adjetivo no existe. Tenemos el vocablo espatarrada sinónimo de despatarrada, sustantivo, que significa "cierta mudanza en algunos bailes como el villano, el gallego, y que se ejecutan abriendo mucho las piernas". Tenemos también el verbo despatarrar, que quiere decir abrir excesivamente las piernas a una persona; llenar de miedo, de asombro; caer con las piernas abiertas.

Línea N° 150.—Los **balcones saledizos y las blancas espadañas de las iglesias**... Al usar espadañas es seguro que no se refiere a la planta herbácea de ese nombre. La emplea por campanario; pero los campanarios que construyeron los españoles en Venezuela no se pueden llamar espadañas, denominación que se aplica sólo a campanarios de una sola pared, en la que están abiertos huecos para colocar las campanas.

Línea N° 151.—...parecen... ren a los pequeños pueblos del Estado Trujillo "como Mendoza Fría, San Jacinto y la propia capital del Estado". Estuve en la Mancha y conozco el Estado Trujillo y las dos regiones se aparecen en mi memoria como muy distintas. Mancha proviene de Manxa, palabra árabe que significa tierra seca. A pesar de sus ríos es de terreno árido y arbolado escaso. Por sus llanuras pa-

saron hace ya muchos años, don Quijote y Sancho; sus molinos de viento bien lo saben. Si se limita a la comparación de la arquitectura o aspecto exterior de las casas, la diferencia persiste.

Línea N° 154.—...aldeas **parameras**...

Línea N° 153.—...**había retardado**. Es claro que debió escribir **habían**.

Línea N° 159.—...y como **castellanos** de hacia tres siglos, el trujillano —fuera de la alegre y nueva ciudad de Valerano amaba casi el confort. No sé qué decir ni pensar de este período. Eso del trujillano, como castellanos de hacia tres siglos; y lo otro; de que el trujillano fuera de la alegre y nueva ciudad de Valera, no amaba, es algo que no entiendo.

Línea N° 160.—...sus héroes **legendarios** parecían terribles y es **toicos**. Ejemplo de exageración en la narración histórica.

Línea N° 161.—...apodado "**El Diablo**" que olvida su cultura... El hombre es Antonio Nicolás Briceño, quien no merece ni el quien ni la coma en Diablo, por lo visto.

Línea N° 162.—...**Guerra Muer te**... Omisión de la a. Falta una coma

Línea N° 164.—...**desayunándose con todo un barbecho de maíz**... Barbecho es tierra labrantía que no se siembra durante algún tiempo.

Línea N° 165.—...**adobado de grandes mascadas de pólvora**...?

Línea N° 171.—...**rodean a su parroquia**... Es claro que sobra la a.

Línea N° 171.—...**regazos de una España mística**... Debe ser un error.

Línea N° 180.—...**se conformaron ante su desengaño godo en seguir cultivando las haciendas de la altiplanicie y de las lomas y páramos vecinos**. Observaciones a) Suena mal la construcción con formarse en seguir cultivando ante su desengaño godo; b) cultivar en los páramos. Páramo es terreno elevado y desierto, sin vegetación.

Línea N° 192.—**Caudillo apocalíptico**, seguido de sus fieles **negros** traídos de los calientes cacaotales del Tuy a las Sierras Nevada, el Dr. Santiago Briceño comparaba ésa y otras intervenciones militares de Fernández en la Cordillera... Observaciones: a) Caudillo apocalíptico, en sentido figurado apocalíptico es terrorífico, espantoso, y está mal aplicarlo en estilo serio a los caudillos de nuestras guerras de entonces; b) A caudillo debe referirse un verbo; en el texto transcrito aparece un nuevo sujeto, el Dr. Santiago Briceño... todo eso hace la construcción incorrecta.

Línea N° 196.—...**aquellos bajá**... Es una cita del Dr. Santiago Briceño, pero muy bien hubiera podido hacerse la corrección.

Línea N° 197.—...**como se le cerraron**...

Línea N° 198.—...**como sus genizaros** no encontraba qué hacer, **ergulan sus machetes** amenazantes... El sujeto de cerraron es el caudillo apocalíptico, sujeto que abandona después para referirse a genizaros.

Línea N° 201.—...**cierto día en que había balle casa del General**

Avelino Briceño... Recuerdo que Hugo escribió, y muy bien por cierto, "la Fete chez Thérèse".

Línea N° 204.—...**entraba la soldadesca rompiendo vidrios, despatarrando muebles y llevándose como trofeo las cajas de cerveza**... Lo de despatarrar ya no nos sorprende; pero eso de que la soldadesca **entra** llevándose, no lo es perábamos.

Línea N° 205.—...**un tiro de máuser lanzado desde afuera**...?

Línea N° 208.—... **medio vestido en calzoncillos**, como si estuviera en su hamaca del Tuy una tarde de canícula. No, no y no. Ni moralmente, ni higiénicamente, ni gramaticalmente.

Línea N° 209.—...**Recibía los reclamos de los godos recalcitrantes**... En lenguaje forense la palabra reclamo sería correcta. Lo castizo es reclamación.

Línea N° 210.—...los últimos "godos" merideños... **vieron en el Dr. Carlos Rangel Garbiras... un posible y apuesto caudillo de armas y letras por tanto que los habían vejado los caciques de chafarote**. Un gran descuido.

Y los errores se suceden con desesperante regularidad, con inalterada frecuencia en las líneas siguientes: **Prospera el café en las vegas**; los tachirenses son **las gentes mejor comidas de los Andes**; a Espíritu Santo Morales lo llaman **El Patón porque cuando presidió el Gobierno de Mérida debía mandarse a hacer zapatos especialísimos**; Rangel Garbiras y Morales será **un poco héroe del Táchira** cuando se pone de parte de Andueza y bate a las tropas trujillanas; hay **periodiquitos comandados por gentes** que después del 99 etc.; Cipriano Castro como **el fiel Jacob** en casa de Labán; **le esperan siete años de prueba**; **se proclama y se impone el triunfo de Crespo sobre la voluntad continuista del Dr. Andueza**; Castro se **retira al desierto como un jeque mahometano**, y el autor promete seguirlo día a día en sus años de diáspora; y un jefe tan **odioso como desconocido** pone mano sobre el ganado **y los arreos de mulas**.

No quiero cansar más al lector, pero puedo asegurarle que la misma redacción descuidada continúa hasta un poco más allá de la página 16, donde yo, abrumado por el peso de tantos dislates juntos, abandoné la tarea. El lector puede revisar y continuar esta labor y comprobará con asombro que el descuido del autor le habría valido una "quebrada" segurísima en un examen elemental de literatura.

Debo advertir que otros capítulos no fueron escritos con tanto descuido.

En algunos los errores abultados son relativamente escasos y el historiador se deja ver de vez en cuando con rasgos notables. Pero el estilo nunca es elevado, mucho menos castizo y carece siempre de concisión, de elegancia y de certeza. A las comparaciones y metáforas triviales se suman otras extravagantes, de pretensión erudita.

Lo que debía ser empleado como último recurso pasa a ser una forma corriente de expresión. En el corto espacio de las dos primeras páginas los caudillos son sucesivamente jefes y señores de espada y de hacienda, bandoleros y paladines, grandes señores rurales, personajes de estirpe calderoniana, jefes de mesnada, árboles corpulentos, condotieros, jefes de clanes. No puede, pues, sorprendernos que a Castro se le llame atropelladamente Jacob, jeque mahometano, Sultán, Rey Asirio, Juan Sorel del Trópico, etc. etc.

A las referencias a la Biblia y a las Mitologías griega y latina se añaden otras a la historia de todas las épocas y de todos los países, casi siempre sin necesidad ni certeza. Todo esto rebaja la calidad de los conceptos y da un tono especial, burlesco en ocasiones, a la narración, que por eso no alcanza jamás la altura del buen humor filosófico ni de la casta ironía.

Y yo me pregunto ¿habrá perdido don Mariano Picón Salas toda noción del respecto que debe a su público como escritor? ¿Habrá creído que ya su misión está cumplida y que puede ahora descansar, dormir acaso, sobre sus bien conquistados laureles? ¿Es que ya no posee aquellas cualidades y virtudes de que antes habló? No; me resisto a creerlo, y Picón Salas debe apresurarse a probar que ese abandono de última hora ha sido una debilidad pasajera y no un mal definitivo y darnos pronto, para alivio de quienes lo hemos admirado, las pruebas de que sus fuerzas creadoras permanecen intactas y de que intactas están también su ambición y su fe, su constancia y su inteligencia.

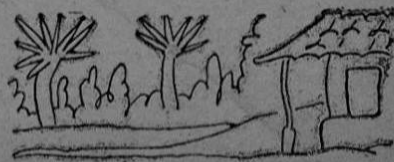
Pero si es que don Mariano no sabe gramática, que no se desanime. Spencer, el más grande escritor de habla inglesa de su época, nunca la estudió y se burlaba de los que, según él, perdía su tiempo en estudiarla. Sólo que es muy difícil, poseer el secreto del método spenceriano. De todos modos a don Mariano se le ofrece un campo nuevo de trabajo, el del idioma, que él había utilizado con tan ingenioso artificio como natural galanura en muchos de sus escritos anteriores, y en esta última obra, como acabamos de ver, con tal lamentable negligencia.

De resolverse a cultivar ese campo, que es el suyo, su talento innegable lo pondría pronto en posesión de lo que le falta para ser un gran escritor.

Y quiero declarar ahora, que no soy yo ni el público, ni nadie, quien debe aspirar a que don Mariano sea un purista del lenguaje, sino él mismo y sólo él, para que sea fiel guardián y defensor de ese tesoro de cuya grandeza nada podría decirse más después de aquella definición tan estúpida como justa: el idioma es la nación.

PRENSA PARA NIÑOS EN ITALIA

El público infantil se cuenta entre los grandes consumidores en Italia. Solamente en la esfera de la prensa para niños y de la industria del libro, poblaciones enteras viven del comercio y la edición de 179 periódicos infantiles. Varias ciudades, como Milán, poseen 141 empresas especializadas en la edición para los menores de edad. Cada semana se publican tres millones y medio de periódicos, y no es menor el número de las publicaciones quincenales y mensuales. La prensa ilustrada semanal para niños está a la cabeza de los periódicos de esta índole. De año en año aumenta la edición de libros para la juventud, mientras disminuye sensiblemente la publicación de libros escolares.



AMÉRICO CASTRO Y LA MEDALLA ESPAÑOLA

Por RAMON SENDER



ALGUNOS sociólogos ingleses dicen que la emigración económica, esto es, los emigrantes por necesidad, suelen traer al continente americano lo peor de Europa. Eso no quiere decir que en esa masa migratoria no haya conciencias honestas, cabezas inteligentes y hasta hombres excepcionales. La historia lo demostrará a cada paso. Al contrario, la emigración por razones políticas y religiosas representa para esos sociólogos lo mejor. Tampoco esta generalización excluye la posibilidad de que entre los emigrados políticos haya gente deshonesto, poco inteligente y hasta abyecta. El hombre no se define sólo por las circunstancias exteriores.

Pero suele decirse en todas partes que la inmigración económica es una desgracia para un país y la inmigración política una fortuna.

Con los profesores emigrados de España por razones de ideología, vino a este continente Américo Castro. Desde que está en América, el antiguo profesor del Centro de Estudios Históricos de Madrid ha sostenido su prestigio y lo ha consolidado con algunas publicaciones importantes. La última es la que más va a contar en el conjunto de su obra.

El libro que ha publicado la editorial Porrúa en Méjico, bajo el título "La Realidad Histórica de España" y que con el mismo título acaba de salir en inglés en las prensas de Princeton University, tendrá duración y resonancia. Es un vasto y extenso trabajo. La edición de Porrúa no es la primera. Hay otra de 1948 en Buenos Aires. Pero la segunda razón es más rica. Habiéndola aumentado el autor con varios capítulos y dado a otras páginas perfiles más netos, ésta es la edición definitiva.

Muchos españoles recibieron con ese libro una alegría largo tiempo esparada y presentida. Ver a un escritor académico y severamente responsable tomar la dirección que hace años había tomado la caprichosa imaginación de casi todos nosotros era un acontecimiento feliz. Desde mi infancia yo pensaba que el lado árabe y judío de España era por lo menos tan fuerte como el visigodo y ario (por emplear términos convencionales ya que la antropología ha descubierto que arios y se mitas tienen la misma fuente y son hermanos). Y las influencias orientales me parecían más sugestivas en la historia española que las romanas o visigóticas.

Veía yo a los árabes, judíos, cartagineses, fenicios e iberos por todas partes. Me sucede en eso como a aquel gobernador de Huesca amigo de mi padre, que al llegar a tomar posesión, me preguntó cuál era el arte histórico de su ínsula Barataria. Yo le dije que lo más típico era lo mudéjar. Desde aquel momento el gobernador cada vez que se veía obligado a hacer un discurso cerca de una catedral o de un palacio antiguo decía: "A la sombra de este noble festigo del arte mudéjar..." Y a menudo se trataba de una catedral gótica o románica.

Yo también veía lo árabe y lo judío por todas partes. Llegaba a los mayores excesos, como suponer que la poesía trovadoresca era musulmana y que incluso el



nombre "trovador" no venía de Provenza sino del Islam, ya que "torob" y "trob" quieren decir "canción" en árabe y en berberiscos. Luego comprendí que la cosa era más compleja y al mismo tiempo más clara. En todo caso, somos muchos los que hemos creído siempre que lo español auténtico era oriental (incluidos los iberos primitivos) con una vitola y una lengua romanas.

Ver que en la cumbre de su vida de investigador y crítico, Américo Castro adoptaba esa actitud dándole la autoridad de su criterio y la base de sus fuentes históricas y de sus argumentos, no podía menos de ser para nosotros un gran motivo de contento. Las verdades de Castro pertenecen al linaje de esas nociones que están en el aire durante generaciones y que nadie tiene fuerza o decisión o autoridad o saber bastantes para darles vigencia.

A partir del libro de Castro esa vigencia no podrá ignorarla nadie.

La edición primera de 1948 fue recibida con entusiasmo por el público y con reservas por una minoría de eruditos que reprochaban al autor estar enamorado de su tema y mostrar aquí y allá rasgos de voluptuosidad intelectual, es decir, de inspiración y de emoción. Para mí estas cualidades son, sin embargo, excelentes incluso en los libros de historia.

En este trabajo y en los anteriores sobre Cervantes, "La Celestina" y otros temas del Renacimiento español, se ha revelado Américo Castro como el profesor de nuestros tiempos que vivifica la erudición hispánica con un entendimiento más sensitivo.

Coincide Castro con el hispanista francés Bataillon en su manera de apreciar la influencia de Erasmo en España y con Menéndez Pidal en la interpretación del mundo medieval. Pero Américo Castro ha abierto sus ventanas al Oriente y nos muestra paisajes nuevos y perspectivas originales.

Es más importante en este libro la interpretación que la investigación. Pero es precisamente lo que nos hace falta cuando el acarreo de datos y documentos sobre la Edad Media alcanza las proporciones que tiene hoy en los archivos y en las revistas especializadas. Generalizar es un descanso en las tareas de la seca erudición.

Las dos maneras más generales de escribir historia son la especialización (que desintegra la cultura) y la interpretación de conjunto, es decir, reintegradora. Es

rece preferir Américo Castro y es sin duda el que corresponde a un hombre de formación científica que no renuncia a la imaginación.

Se ha dicho que la medalla española tiene dos caras, la cara romana y la cara fenicia. Otros prefieren decir la cara visigótica y la africana. La mayor parte de las culturas antiguas han dejado sedimentos en España, sobre todo las del Oriente Medio. La cara que ilumina Castro en su libro es la semítica: árabes y judíos. La influencia del poeta, del filósofo, del rabi y del "sufi" místico en la austera Castilla. Quizá este es el primer trabajo que fija el problema en términos generales de un modo convincente. Y el libro es por eso el más considerable, tal vez, entre la vasta bibliografía de los refugiados españoles.

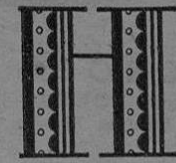
Cuando más se ahonda en la historia medieval española, más complejo es el panorama y más se extienden y se alejan los límites. Desde los humanistas de la corte de Alfonso el Sabio hasta el actual presidente de la Academia Española, muchos han descubierto documentos y expresado opiniones. Las generaciones futuras hallarán todavía rincones oscuros y papeles inéditos. Las polémicas de hoy entre los especialistas y los generalizadores (entre los hombres de ficha y los de glosa) se reñudarán. Nada mejor para la historia de la cultura española y europea. En esa tarea tan noble hay a menudo aportaciones valiosas. En la misma dirección del libro de Castro hay que anotar el del profesor Benardette "Hispanic culture and character of the sephardic jews", publicado hace poco en New York, que profundiza sabiamente en el tema de los judíos españoles y portugueses.

Las fuentes principales que usa Castro no son originales. Su alejamiento de España y de los archivos hace difícil la investigación de primera mano. Y los trabajos de los arabistas principales como Sánchez Albornoz, García Moreno y Asín Palacios le proporcionan muchos de sus puntos de partida. Pero ya hemos dicho antes que es la interpretación lo que interesa en este importante libro. A través del pensamiento de hombres del pasado como Raimundo Lulio, Maimónides, Averroes y otros menos conocidos, con sus vigorosas intuiciones, el libro de Castro nos permite una comprobación placentera: la de la secreta unidad de nuestra cultura.

Castro integra en el alma castellana el misterio ibérico (dentro de lo que permite una cultura como la ibérica sin verdadero estado histórico), la vaguedad y la dulzura célticas y la mesura latina, pero sobre todo la rudeza de los guerreros y los legisladores visigóticos, el misticismo árabe y la filosofía judía. El proceso de asimilación de la orgía musulmana en San Juan de la Cruz, Santa Teresa y fray Luis de León es más claro y evidente que nunca y los deistas del siglo XIV, los iluminados de los siglos siguientes y los herejes del siglo de oro completan un panorama de verdades fascinador.

La "substancia sin orden" del Marqués de Santillana y el hombre esencial de todos los tiempos hispánicos los comprendemos mejor a través de estas páginas, que tienen el sabor un poco silvestre de los humanistas del siglo XVI y la solidez y el rigor científico modernos.

Lo medieval del derecho de asilo



HE oído con frecuencia decir que el derecho de asilo sólo existe en los países hispanoamericanos como un recuerdo de los tiempos antiguos. "Como ustedes todavía se mueven —nos explican— dentro de una edad bárbara, o al menos medieval, está muy bien que mantengan vivo el derecho de asilo". Aun algunos profesores latinoamericanos convienen en esta fórmula y se anticipan a expresar el deseo de que desaparezca de nuestras costumbres.

La interpretación es exacta en lo que se refiere no precisamente al derecho de asilo, sino a las causas que lo originan. En cuanto al tratamiento que se da a los adversarios políticos, nuestras costumbres, en realidad, no suelen ser mejores que las de los tiempos medievales, sino aún peores. Leyendo los viejos romances y las historias de la edad tenebrosa es común encontrar gestos de una generosa hidalguía frente a los vencidos, que no se repiten en nuestro tiempo. Y así, el asilo pasa a no ser diferente del último refugio de la protección cristiana para amparar a seres humanos que sus adversarios querían comerse vivos. Esta última costumbre es la que debería considerarse como curiosidad arqueológica.

Los Estados Unidos no han establecido la costumbre de abrir sus embajadas en la América Latina a los perseguidos políticos, pero al mismo tiempo son, en nuestro tiempo, el país que ha practicado en mayor escala el derecho de asilo. No hay ningún otro caso que se les parezca a todo lo largo de la historia. Para decenas de millares, si no para centenas de millares de gentes que han escapado de los países cubiertos por la cortina de hierro, Berlín ha sido la embajada simbólica a donde han ido a refugiarse los perseguidos. Allí, bajo las banderas de los Estados Unidos —o de Francia o de Inglaterra— se han salvado los que no llevaban más pecado a sus espaldas que el haber amado su libertad. En estos casos, los Estados Unidos, como Francia o Inglaterra, tuvieron ciertamente que ir a buscar en la penumbra medieval la rama dorada de un principio cristiano. El mundo en torno había retrocedido a tortuosas épocas de cruda violencia, y no hubo más remedio que volver a una práctica cristiana que estaba arrinconada en el olvido.

¿Qué hubiera ganado el mundo latinoamericano con que las embajadas nuestras hubiesen en cada caso tirado con las puertas en las narices de los que buscaban salvarse de la degollina oficial? ¿Habría avanzado el derecho? ¿Habríamos entrado en la corriente de la civilización ilustrada? ¿Qué hubiera ganado Europa con devolverle a Hitler los judíos que lograron pasar la frontera? ¿Qué ganaría ahora el mundo entregándole al gobierno ruso todos los rusos que andan fuera de su tierra?

Después de todo, hasta el momento los Estados Unidos no son precisamente el país que practica el derecho de asilo: en conjunto son un asilo. Por desgracia los que peregrinan no son siempre los peores en la escala de los valores humanos. Es posible que de todo haya entre los que emi-

Cartas de Luz del Alba

CUARENTA Y SIETE.....

AMOROSA DONACION

Obra analizada: POEMAS DE AMOR Y DE MUERTE de Roberto Brenes Mesén. — 1944

Muy estimado señor Director:

Sigo estudiando la obra lírica que nos dejó, en herencia valiosa, Roberto Brenes Mesén.

Soledad, Amor, Dolor, Muerte. Los cuatro rumbos del espíritu romántico. Y con el romántico, el modernista. En una palabra, sentimiento. Sentimiento que ha sido tamizado al través de una conciencia, la del artista. Mejor dicho, de varias conciencias. Porque interviene, en ese tamiz espiritual, el alma múltiple de cada uno de los lectores, intérpretes voluntarios de emociones ajenas.

Soledad ansiosamente elegida. Amor intensamente sentido. Dolor profundamente sufrido. Muerte estoicamente aceptada. Por una parte, fuego vibrante. Por la otra, frío enervante. Acá, el torcedor ingrato que la Vida se complace en utilizar. Allá, el silencio angustioso que se recrea en la soledad y se complementa en la muerte.

La síntesis del Placer y del Dolor, de la Vida y de la Muerte, la realiza, en todos los instantes, la Poesía verdadera, la Poesía pura. Esa poesía pura, intuitiva, la encontramos en la obra lírica de Brenes Mesén que he venido estudiando, con cariño, al través de cada uno de sus libros; sin olvidar, ni por un momento siquiera, los escritos en prosa. La prosa de este Artista es intensamente poética: la inspira, en cada uno de los instantes una emoción sincera y profunda.

Quiero referirme hoy, estimado señor Director, mi paciente corresponsal, al volumen que con el título de POEMAS DE AMOR Y DE MUERTE apareció en nuestra capital en el año de gracia lírica de 1944, tres años antes del tránsito último del inolvidable Artista.

Desfila, por esas páginas bellas, una interesante teoría de mujeres a quienes la pasión ha orientado. Tienen nombres rítmicos: Adelena, Samaritana, Thais, Laura, Cósima, Crisoralia. Antes de referirme a ellas, quiero releer el Preludio. El Poeta se pregunta: ¿Por qué llorar? En seguida contesta. Oye los lamentos del mundo que gime sin esperanza. Presencia la poda ingrata y continua de entendimientos nobles. Ve que la sangre riega todos los surcos, los del pasado, los del presente y —¿quién sabe?— tal vez los del mañana.

Todo muere. Sólo la Belleza y la Sabiduría gozan de la inmortalidad. Lloro el Poeta por las hojas secas que el Otoño inexorable arrancó. Pero no sabe, no puede gemir por el retorno constante de la primavera en cuyas alas florecidas viene refugiada una Humanidad nueva.

Hay sabor de llanto en el aire. Hay suspiros alados que vienen de lejos. Se multiplican los hondos quebrantos, las heridas profundas, las muertes sin mortaja, las eternas separaciones. Es una agonía que todo lo empaña. Sin embargo, el Poeta enarbola un estandarte de simpatías, un pabellón de Amor. Con él llega la Aurora. Ya hay luz para el Mañana.

¿Quién es Adelena? Mujer de belleza pura. Camina, enamorada, hacia la oculta costa en donde los dioses esconden callados sus propios tesoros. Sabe que es polvo y que el polvo ha de volver. ¡No importa! Desea renacer en rosa. Va vistiéndose de llamas ardientes e inquietas. Con lentitud melódica la va transformando el Amor. Es este Amor quien la hace ascender hacia la cumbre del pensamiento y del sentimiento. Porque amar es soñar en cosas lejanas, en anhelos sin segundo.

La inteligencia del amado no tiene el alcance de la intuición de la amada. Ella asciende con menor lentitud, con más entusiasmo. El ya no la comprende. La abandona. Entonces, ella se entrega al éxtasis fecundo. El Amor le concedió cuanto antes no tenía. El Amor la hizo sabia.

Otra alma femenina. La hija admirable de la tierra misteriosa de Samaria. Junto al Pozo de las Maravillas, el Pozo de Jacob, se aprecia el asombro del milagro. Allí está el Dios-Hombre, el Nazareno de las dulces miradas y de los serenos pensamientos. Ella, ante Él, es ritmo, es belleza, es bondad. Oye la inesperada súplica: ¡Dame de beber! Y toda ella se estremece. De mujer que es, quisiera convertirse en agua fresca, en agua de pozo que canta al caer en el cántaro sediento. Hay en ella una ansia inefable de amor. Adivina —¡por algo es mujer!— Descubre en Jesucristo al Profeta. Quiere transformarse de Samaritana que es, en la morena Sulamita del Cantar de los Cantares. Su espíritu se satura de una pasión para ella, hasta entonces, desconocida. Es ella ahora, quien tiene sed. Se siente sedienta de las aguas vivas del amor entre todos los amores. Y Jesús ha de pensar en ella. Porque sabe que, en lo íntimo del alma de cada mujer, existe un anhelo de esperanza inextinguible, de caridad lista para entregarse, de fe en las bondades ajenas. No

gran. Antiguos dictadores han tenido a todo lo largo de los tiempos que fugarse para expiar sus maldades, pero aun para ellos está bien que se les deja la vida como cárcel: desde las rejas de sus pecados verán surgir, remoto, el árbol de la libertad, y sentirán que por dentro les roe el gusano. Pero al lado de estos pocos, están los miles, las muchedumbres de los perseguidos porque representan la dignidad humana frente al despotismo; los capitanes selectos que supieron resistir y

no se doblaron ante las amenazas.

El asilo quizás pueda considerarse como una intervención inventada por el derecho cristiano para mantener abierto un delgadísimo escape a la libertad. En esto hay más que una costumbre vieja: hay un principio de eternidad. Si hemos vuelto a la Edad Media, la parte buena está en la supervivencia de esos derechos, y la podrida en la vuelta a la magia negra de la violencia cruda.



ASI VISTEN ELLAS

Teresita

Vargas

Serenidad de la gracia hecha pura canción de sueño y luz... Presencia lírica de su figura en el instante renacida... Y en el temblor de la radiante tarde, queda el jar din de su belleza augusta...



importa que esa mujer sea la Sulamita, la Magdalena, la Samaritana. ¡En el alma de todas ellas brilla la luz de belleza espiritual de la divina María, la Madre de los Dolores y de las Esperanzas!

¿Otra mujer? La de la amorosa donación. La que llora porque la hicieron nacer bella y porque le negaron el don necesario para mirar hasta el fondo del corazón del amado. Se entregó al amor, la más santa de las pasiones, la que mereció, en la mujer de Magdala, el perdón divino del Nazareno. La abandonaron. Ese pecado del hombre inclemente, la amada lo perdona. Porque la mujer es necesariamente eso: ¡perdón!

En un diálogo lírico, Thais, la cortesana que desconoce las fatigas del amor, recuerda los deliciosos minutos de una vida de danzas y de fiestas sin fin. Su existencia ha sido de música incesante y sugestiva. Ella fue tentación irresistible para los más. Para los otros, para los artistas y para los sabios, la contemplación del cuerpo melódico de la Cortesana de Alejandría, se prolongaba en meditaciones acerca de la armonía de los mundos y de los espíritus. Así le entró el ansia de comprender la vida suya y la del Universo todo. Nació entonces su amor a la vida eterna. Vive, ahora, en un santuario augusto, limpio su cuerpo de toda mancha ingrata. Está poseída por un único divino amor de duración incommensurable: el anhelo sublime que despierta en las almas elegidas el ansia de verdad insaciable.

Dos poemas cortos se refieren a Laura, la ardiente lira que logró gustar, tremente, en suspiros, el dulce dulzor de Venus. Y de ello parece que no sabe arrepentirse. Conoció el Amor. Eso le basta.

Crisoralia, otra de las almas femeninas que interesaron a Brenes Mesén, se ha quedado sola. Es la suya, soledad del corazón. La más dolorosa de las soledades. Se ha cansado de encontrar el alma de un hombre tras las ansias de la bestia. Desea alcanzar las cimas pero arrastrada por un torbellino de amor puro. Vive un ensueño. Quiere hallar un espíritu que adivine cuanto en su alma bulle insatis fecho. Se muere de hambre de amor saturado de pureza. Seguirá soñando. Seguirá sufriendo. Thais logra libertarse. Crisoralia continúa sumida en las tinieblas. ¡Así lo quiere la incomprensión de los hombres!

En este libro se respira el ímpetu de la pasión femenina. Surgen los recuerdos de inefables ternuras que serán eternas. Vuelven a sonar, en nuestra memoria, los nombres rítmicos de muchas mujeres que se durmieron a lo largo de los siglos. Ese sueño de oro, al través de la fantasía del Poeta, nos sugiere muchos bellos pensamientos y muchos nobles sentimientos.

Pero hasta ahora, no he citado al último y a la vez, el primero de esos espíritus femeninos: la Muerte.

A Ella he de referirme en la carta próxima. Mientras tanto desea mil felicidades al Director de LA REPUBLICA.

LUZ DEL ALBA.